

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

asesino por afición

CLARK CARRADOS



ASESINO POR AFICION

SS Nº 1251

Autor: Clark Carrados

ISBN: 9788402025135

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

EL hombre caminaba ligero, con las manos en los bolsillos y una canción en los labios. Johnny Earle se sentía feliz: tenía algún dinero ahorrado y se iba a casar antes de un mes.

Aquella noche se había quedado en la oficina de su patrón, haciéndole algunos trabajos extras. Era una forma de incrementar los ingresos, y Johnny, a pesar de que mandaba una cuadrilla de cargadores, era hombre que entendía también de cuentas.

El pavimento estaba brillante por la humedad. En torno a las farolas había aureolas de neblina. Las luces de los barcos amarrados a los muelles aparecían mortecinas.

Una sirena se oyó a lo lejos, cerca de la bocana del puerto. Johnny aceleró el paso. La canción que canturreaba se transformó en leve silbido musical.

De repente, un hombre surgió de unos altos fardos, cerrándole el paso.

—Hola, Johnny Earle —saludó.

Johnny se detuvo en seco.

—Me parece que te conozco —dijo—. Tú eres Ben el Sapo.

—Sí, así me llaman, pero no me gusta oírlo.

Johnny se encogió de hombros.

—Yo no te he puesto el apodo —manifestó.

—Lo sé, Johnny, lo sé, y por eso vamos a hablar, aunque por muy poco tiempo, de tus «desvelos» en pro de los cargadores del muelle.

El gesto de Johnny se endureció repentinamente.

—No me gusta que una cuadrilla de desaprensivos se forre a

cuenta del sudor de las personas honradas —contestó con acritud—. Eso de descontar a cada trabajador cuatro o cinco dólares de su paga semanal, se va a acabar muy pronto.

El Sapo lanzó una risita perversa.

—¡Qué emocionante! —calificó—. Pero te guste o no, las cosas han de seguir así.

—Lo dudo mucho —atajó Johnny, secamente—. Y basta de charla; tengo prisa.

—Con prisas no se va a ninguna parte, Johnny. Mira a tus espaldas.

Johnny se volvió instintivamente. Había otro individuo frente a él y enarbolaba una cachiporra. Johnny se quedó vivamente sorprendido, porque no lo habla oído en absoluto.

—Dale, Mustie —ordenó el Sapo.

La cachiporra golpeó con tremenda fuerza un hueso frontal, que crujió estremecedoramente. Johnny lanzó un gemido de agonía y empezó a caer al suelo como si fuese a sentarse. Su caída fue tan lenta, que Mustie tuvo tiempo de golpear de nuevo, ahora incluso con más fuerza.

Johnny se quedó completamente inmóvil. Mustie guardó la cachiporra y se inclinó para agarrar al caído por los tobillos. El Sapo lo agarró por debajo de los sobacos.

Había a poca distancia una escalera, que conducía a una lancha amarrada. Momentos después, la lancha, con dos vivos y un muerto a bordo, se separaba del muelle.

La embarcación regresó dos horas más tarde, sin el muerto.

—Jamás lo encontrarán —dijo Mustie.

—Hombre, con cuarenta kilos de lastre... —rió el Sapo.

Amarraron la lancha y saltaron a tierra. Subieron al muelle y caminaron en busca de su automóvil, estacionado a prudente distancia.

De repente, un hombre apareció ante ellos, deteniéndolos con la amenaza de una pistola.

—¿Dónde está Johnny? —preguntó el desconocido.

Mustie respingó.

—¿Qué diablos le importa...?

—¡Contesta, Roy!

El Sapo estaba como paralizado por el asombro. De pronto, antes

de que pudiera decir nada, el desconocido meneó la cabeza.

—He llegado tarde. Es lastimoso, pero debo admitir la realidad. Esto ha sido cosa de Spence, ¿no es así?

—Nosotros no sabemos nada.

El desconocido cortó en seco las protestas de Mustie.

—No te preocupes, amigo; yo lo sé todo.

Y apretó el gatillo.

La detonación no se oyó; había un silenciador en la pistola.

Mustie cayó de rodillas, con las manos en el estómago. El Sapo intentó huir, aterrado, pero la segunda bala del desconocido le alcanzó en la nuca.

Mustie gemía sordamente. El desconocido hizo fuego una vez más, ahora apuntando a la frente del pandillero. Mustie se desplomó sobre el húmedo pavimento y ya no se movió más.

* * *

El teléfono sonó de pronto. Ward Spence hacía ya rato que aguardaba la llegada de sus dos compinches y empezaba a sentirse inquieto. Al oír el sonido de llamada, cruzó la estancia y agarró el auricular.

—¿Ben? —dijo.

—Lo siento —sonó una voz suave, de tonos amistosos—. Ben y Mustie han muerto.

—¿Que han...? —Spence sintió que un escalofrío le corría a lo largo de la espalda—. Oiga, ¿quién diablos es usted? —chilló.

—El mismo que acaba de matar a esos dos asesinos y que un día cualquiera de estos irá a buscarle a usted, para enviarlo al infierno —dijo el desconocido.

La comunicación se cortó. De repente, Spence se dio cuenta de que el sudor caía a chorros de su frente.

A la mañana siguiente, Buddy Regan leyó en los periódicos la noticia de la muerte de los dos pandilleros.

—Dos rufianes menos..., pero quedan tantos todavía en esta ciudad —se lamentó.

El periódico hablaba de un «ajuste de cuentas». La policía, naturalmente, hacía pesquisas para encontrar a los asesinos.

Aquella tarde, Regan fue a visitar a un amigo suyo, al que hacía tiempo no veía.

—Tengo una deuda contigo, F. Q. —dijo.

F. Q. Kilburn se echó a reír. Tenía unos cuarenta años, era de mediana estatura y ya le faltaba mucho pelo en el cráneo. Cuando llegó Regan estaba muy ocupado con los pinceles y una tela que había sobre un caballete.

—No te preocupes —dijo Kilburn—. Es algo de lo que yo ya ni me acordaba.

Regan puso un cheque sobre una mesita que había en un lado del estudio.

—Hicimos un pacto y aquí está el dinero —dijo.

—Pero, Buddy, la boda no se celebró.

—Tú hiciste tu trabajo de decorador. Si la chica me salió rana, la culpa no es tuya.

—¿Lo sientes, Buddy?

—Hombre, F. Q. Pillar a la futura esposa en una situación muy comprometida con otro sujeto, no es cosa que cause especial alegría. Pero podía haber ocurrido después de casados y aún hubiera sido peor.

—Sí, eso sí es cierto —convino Kilburn—. ¿Qué tal te marchan las cosas, Buddy?

—Psé, no puedo quejarme. ¿Y a ti?

—Estoy preparando una exposición. Todavía me faltan media docena de cuadros.

Regan contempló la tela que había sobre el caballete y se estremeció. Aquellos colores, rojos, ocre y grises, causaban escalofríos, a pesar de sus tonalidades violentas, en largas y estallantes pinceladas, que les daban aspecto de llamaradas en un incendio apocalíptico.

Había a quien le gustaba aquel género de pinturas. Tenía sus adeptos, no cabía la menor duda.

—Avísame cuando abras tu exposición, F. Q. —dijo, pasados unos instantes de silencio.

—Descuida, Buddy.

Sobre un sillón había un periódico. Regan lo hojeó distraídamente. De pronto, le llamó la atención ver un trazo de lápiz rojo al pie de una noticia.

—¿Te interesan los ajustes de cuentas de las bandas? —preguntó.

Kilburn se volvió.

—No. ¿Por qué? —dijo.

—Hombre, veo esta noticia subrayada.

Kilburn se echó a reír.

—Da la vuelta a la página —dijo.

Regan obedeció. En la página siguiente había una crítica de arte.

—Eso es lo que he marcado con rotulador de color rojo —explicó Kilburn—. La tinta ha pasado al otro lado, simplemente.

Regan se echó a reír.

—Ya me parecía a mí...

—Tú sí te preocupas por esas cosas, ¿verdad, Buddy?

—Moderadamente. Digamos a título de curiosidad, F. Q.

—Sí, comprendo. Bueno, yo también leo algo sobre el particular, pero no me preocupo demasiado. Claro que eso no significa que no piense pésimamente de nuestras autoridades. Han dejado extenderse el crimen y el vicio de tal manera, que Rylen Harbour es una inmensa charca pestilente, imposible de sanear.

—Hombre, la policía hace lo que puede.

—Que es muy poco, Buddy, desengáñate, muy poco. Esta charca de aguas corrompidas solo podría sanearse llenándola de petróleo y arrojando luego una cerilla encendida.

Regan se echó a reír.

—Esa es una solución bíblica, F. Q. —dijo—, Sodoma, Gomorra y la lluvia de fuego que cayó del cielo, ¿no?

—Algo de eso se necesitaría aquí, en efecto. —De pronto, Kilburn dejó los pinceles—. Buddy, ¿qué te parecería una taza de café? —sugirió.

—Excelente —aprobo el visitante.

* * *

El hombre contaba los billetes con evidente placer. Había sido un buen negocio, se dijo Stan White, sentado ante una mesa, en la que no había más luz que la de una lámpara que dejaba en la penumbra el resto de la habitación.

El negocio era arriesgado, desde luego, pensó White, pero rendía unos beneficios fabulosos. A White no le importaban las víctimas que resultaban de las drogas que vendía; si había tipos tan locos como para drogarse y pagaban su vicio, allá ellos.

De repente, White presintió que no estaba solo.

Levantó la vista. El hombre vestido de negro que había al otro

lado de la mesa le pareció un fantasma.

White sintió miedo en un principio. Aquel sujeto había entrado en el despacho sin hacerse sentir. «¿Cómo lo había hecho?», se preguntó.

—¿Qué... qué es lo que quiere? —exclamó, dominando difícilmente el temblor de sus manos.

—Mucho dinero, ¿eh? —dijo el desconocido—. ¿Drogas?

—¡A usted qué diablos le imp...! Oiga, no habrá venido a robarme, ¿verdad?

El intruso hizo un gesto negativo.

—No, su puerco dinero no me interesa —contestó. De repente, sacó una pistola—. White, usted ha enviado la muerte a muchas personas. Más morirán todavía, a causa de las drogas que usted les suministra y de cuyo hábito no pueden desprenderse ya. Tiene que pagar sus crímenes.

White se puso en pie.

—No, no tire... Tengo dinero... Le daré...

La pistola escupió dos o tres fogonazos, sin ruido. White se desplomó al pie de la mesa como un flácido montón de ropas.

—El dinero no me interesa —repitió el desconocido, aunque estaba ya seguro de que White no podía oírle.

CAPÍTULO II

LA chica era de mediana estatura, desenvuelta y de ojos vivarachos. Vestía un trajecito veraniego, estampado, de vivos colores, que dejaba al descubierto unos hombros y unos brazos de perfecta conformación anatómica, y caminaba por la calle con graciosos andares.

De súbito, un hombre se detuvo ante ella.

—Eres la viva estampa de la femineidad, Dolly West —dijo.

La chica escrutó el rostro del individuo que tenía ante sí. Este se quitó las gafas oscuras con las que protegía sus pupilas de la luz solar.

—Robert Regan —exclamó ella, de pronto.

—Antes me llamabas Buddy, Dolly —le recordó él, con la sonrisa en los labios.

—Es cierto —convino la chica—. ¿De dónde sales, Buddy?

—Lo mismo podría preguntar yo, ¿no crees?

—¿Por qué no nos lo preguntamos ahí enfrente? —sugirió él, señalando una cafetería cercana.

—Estupendo, Buddy.

Regan asió el brazo izquierdo de la muchacha.

—Hacía mucho tiempo que no nos veíamos. Dolly —dijo, momentos después, sentado ante una mesa y frente a la chica.

—Años, a decir verdad. ¿Qué tal te va el matrimonio, Buddy?

—Continúo soltero, Dolly.

La cara de la muchacha expresó una sorpresa absoluta.

—¡Buddy! Leí el compromiso en los periódicos...

—Pero no leíste lo que encontré cierto día en casa de mi

prometida, Dolly.

—¿Qué encontraste? —quiso saber ella.

—Otro hombre.

—Oh, comprendo.

Vino la camarera, dejó el servicio y se marchó.

—Lo siento, Buddy —dijo Dolly—. Supongo que aún te duele, claro.

—Ya se me va pasando —sonrió él—. Después de todo, uno tiene que pensar en sí mismo. No se puede vivir amargado de un modo continuo.

—Sí, tienes razón. Buddy, ¿sigues haciendo lo mismo?

—Por supuesto. ¿Y tú?

—Trabajo. Tengo un buen empleo.

—Te felicito. ¿Puedo saber en qué consiste tu trabajo?

—Oh, no hay inconveniente. Ya sabes que tengo mi diploma de estudios mercantiles. Soy ayudante del contable general de Gershwird Enterprises.

Regan torció el gesto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Dolly, extrañada—. ¿Es que sucede algo desagradable?

—Nena, Paul Gershwird no goza de demasiado crédito en ciertos ambientes de la ciudad.

—Pero... ¡si es un hombre simpatiquísimo! Y muy correcto y amable conmigo y con todos...

—Oh, claro, no son épocas de emplear el látigo. Pero te aprecio sinceramente y me hubiera gustado mucho más saber que estabas empleada en otro sitio.

—Me dejas perpleja, Buddy. El sueldo es magnífico.

—Sí, ya me lo imagino. En fin, no me hagas caso, no he dicho nada, Dolly.

Un coche se paró de pronto frente al local, pero ninguno de los dos reparó en el vehículo ni en la pareja de sujetos que desembarcaron en el acto y cruzaron la acera con paso tranquilo y mesurado.

—Buddy, si no te conociera, diría que tratas de burlarte de mí —dijo Dolly, muy seria—. Me gustaría que me dices más detalles de lo que sabes de Gershwird.

—¿Ahora?

—Tengo un departamento muy bonito. ¿Por qué no vienes a cenar conmigo?

—¿Comida casera?

Dolly sonrió.

—Enteramente casera —contestó—. No sólo entiendo de números, sino también sé guisar.

Un agudísimo chillido de mujer cruzó de pronto el local, como una estocada de sonido. Repentinamente, se oyeron varios disparos.

Alguien emitió un rugido inhumano. En el lado opuesto, un hombre se puso en pie, intentando sacar una pistola.

Los dos individuos que estaban frente a él lo acribillaron a balazos, fríamente, disparando sus pistolas hasta agotar los cargadores. El atacado abrió los brazos por completo y se inclinó hacia adelante. Al caer lo hizo sobre la mesa, que se volcó bajo su peso con gran estruendo.

El tiroteo acabó en unos segundos. Los dos pistoleros corrieron hacia la salida, en medio del asombro y la confusión de todos los presentes.

Regan y Dolly se encontraron bajo la mesa, sin saber cómo. Ella estaba terriblemente pálida.

—Buddy —dijo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Sí. Pero... He reconocido a uno de los pistoleros. Lo vi el otro día en el despacho de Gershwind.

La voz de Dolly temblaba perceptiblemente.

—¿Sabes cómo se llama? —inquirió Regan.

—No, no me lo presentaron. Buddy, sospecho que tienes razón en lo que me has dicho.

—Tenía razón y te voy a dar un consejo, por tu propio bien. Es un consejo de cobarde, si bien se mira, pero no hay otra solución. Dolly, si te interroga la policía, no digas que has reconocido a uno de los asesinos, ¿entendido?

Ella asintió. Regan se puso en pie y ayudó a la muchacha a levantarse, mientras el estruendo y la confusión se incrementaban con el aullido de las sirenas de los coches patrulleros, que ya acudían al lugar del suceso.

* * *

El Silver Queen era uno de los locales más caros y exclusivos de

Rylen Harbour. Estaba a un kilómetro escaso de la población y era un edificio grande, de dos plantas, rodeado de árboles de grandes dimensiones.

En la planta baja estaban la sala de fiestas y los servicios. El primer piso estaba dedicado al juego.

La velada acabó y los clientes fueron abandonando el local. Salvo el gerente y uno de sus ayudantes, que pernoctaban allí, nadie más quedaba en el edificio.

—Revisa bien puertas y ventanas, Slim. Luego vete a dormir; yo me quedaré todavía trabajando un rato en mi despacho —dijo el dueño.

—Sí, señor.

Ricks Havelor subió al primer piso, en donde tenía su despacho, en una habitación situada al fondo. Mientras, Slim Honnigan se ocupaba de que todo quedase en orden.

De repente, Slim Honnigan sintió un terrible golpe en la cabeza. Vio miles de estrellas y luego todo se hizo negro a su alrededor.

Momentos más tarde, Havelor oyó que se abría la puerta de su despacho.

—¿Todo bien, Slim? —preguntó, sin alzar la vista de su libro de cuentas.

—No soy Slim.

La reacción de Havelor fue instantánea. Antes de girar hacia la puerta, alargó la mano derecha y tiró del cajón donde guardaba la pistola.

Algo le atravesó el brazo, como un pinchazo con una gruesa aguja al rojo vivo. Havelor se estremeció violentamente, a la vez que lanzaba un aullido de dolor.

El hombre que estaba frente a él, armado con una pistola dotada de silenciador, le miraba con expresión glacial. Havelor incluso se olvidó de la bala que le había atravesado el antebrazo.

—¿Quién... quién es usted? —preguntó, mordiéndose los labios —. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—¿Recuerda a Lya Sanders?

—Sí. Está muerta.

—Lo sé perfectamente. Usted ordenó asesinarla.

—Eso no es cierto. Le juro...

—No jure en falso, Havelor; de nada le va a servir. Sé

positivamente que usted la asesinó. O hizo que la asesinaran, lo mismo da. Pero eso no es todo. Son más los que han muerto por su insaciable codicia o, simplemente, porque alguna noche ganaron en el juego. Esta casa es un antro de vicio y su dueño un demonio.

Olvidando su brazo herido, Havelor se puso en pie. Una bala le atravesó el pecho, tirándolo contra el sillón. Desde allí, miró suplicante al desconocido.

—No me mate —gimió.

—La sentencia se ha de cumplir —dijo el desconocido, fríamente. Y efectuó el tercer y definitivo disparo.

Más tarde acudieron los bomberos. Pero ya no pudieron hacer nada; el edificio era una masa de llamas contra la que no había forma humana de luchar.

* * *

Con gesto preocupado, Buddy Regan leyó el artículo del periódico, en el que se clamaba contra la desidia de las autoridades.

«Una nueva Chicago de los años 70»... «La ley de las pistolas»... «El orden y la ley, escarnecidos»... «Vergüenza ciudadana»..., eran los epígrafes más corrientes y nada amables con los que tenían por misión salvaguardar la paz y la tranquilidad ciudadanas.

El articulista hacía también una relación de los últimos crímenes cometidos, citando nombres, uno por uno. Aparte de la durísima crítica que encerraba, Regan encontró el artículo sumamente interesante.

Conocía al periodista. Después de reflexionar un rato, buscó su número en la guía y lo llamó:

—¿Russ Bernley?

—Sí, yo misino. ¿Quién es?

—Regan. ¿Cómo te encuentras, Russ?

—Oh, perfectamente. Todo va bien.

—Salvo en las calles de la ciudad, ¿no es así?

—Se han convertido en un campo de batalla, Buddy. Sólo impera la ley del más fuerte.

—Lo sé, Russ. Sin embargo, me gustaría que te fijases en una cosa.

—Dime, Buddy.

—Tú publicas una relación de víctimas...

—La lista de bajas, después del combate —rio el periodista.

—Sí, es cierto. Pero alguno de los muertos me dan mucho que pensar, Russ.

—¿Si? Dime, ¿qué opinas?

—Por ejemplo, Ben el Sapo, Roy Mustie, Stan White y Ricks Havelor. Eran tipos que no tenían absolutamente relación entre sí; ni siquiera se puede decir que pertenecieran a bandas opuestas. Desde luego, el Sapo y Mustie trabajaban para Ward Spence, pero los asuntos de éste se desarrollan en el sindicato portuario. En cambio, White era traficante de drogas y Havelor el dueño de una casa de juego. No había relación alguna entre ellos, ni por coincidencia ni por oposición en sus negocios, ¿comprendes?

—Hombre, ahora que lo dices... Yo no me había fijado en eso; claro que tampoco he profundizado demasiado en el asunto. Simplemente, me he limitado a recontar las bajas de la batalla y a criticar a los culpables, unos por acción y otros por desidia, tú ya me comprendes.

—Desde luego. Oye, Russ, cuando vuelvas a escribir sobre el tema, pregunta públicamente a Spence qué ha sido de Johnny Earle. Era un buen chico; quería que los trabajadores del muelle se liberasen de esa pandilla de vampiros que les chupan la sangre. Muchas veces vino a pedirme consejos legales, pero ahora ya hace tiempo que no sé de él.

—¿Temes algo, Buddy?

—Pienso en unos zapatos de cemento, Russ.

—Entiendo. —Bernley inspiró con fuerza—. Tendré en cuenta todo lo que me acabas de decir, Buddy.

—Gracias, Russ.

—Soy yo el que tiene que dártelas —contestó el periodista—. Me has refrescado el cerebro, ¿comprendes?

—Lo celebro, Russ —dijo Regan, con una leve carcajada.

—Buddy, me gustaría reunirme un día contigo para tomarnos unas copas.

—Sí, ya tendremos ocasión. Hasta otra, muchacho.

Regan colgó el teléfono y permaneció pensativo durante unos momentos. Aquellas cuatro muertes, entre otras de las mencionadas por su amigo, le preocupaban de un modo especial.

Tenía la impresión de que habían sido ejecutadas por alguien que era ajeno por completo a las bandas que asolaban la ciudad.

CAPÍTULO III

LOS ojos de Regan brillaron de un modo especial al ver a Dolly.

—Estás guapísima —dijo.

—No me mires así —contestó ella, muy colorada—. Parece como si fueses a devorarme.

—Es que estás como para comerte, dicho sea en el mejor sentido de la palabra.

—¡Hum! No me fío de ti. Eres hombre que suele cumplir lo que promete.

Regan se echó a reír, a la vez que abría la portezuela del automóvil.

—Pero no tengo el vicio de la antropofagia —dijo al sentarse tras el volante—. Dolly, ¿cuánto tiempo llevas en Rylen Harbour? —preguntó.

—Ocho o diez meses —contestó la chica—. ¿Por qué lo dices?

—Rylen Harbour tiene parajes mucho más pintorescos hacia el interior. ¿No has estado nunca en las montañas?

—No, nunca, Buddy. Tú sabes que yo no soy de aquí, como tú.

—Bueno, dado que llevas cierto tiempo en la ciudad, me pareció que se te habría ocurrido hacer alguna excursión.

—Alguna vez me han hablado, pero prefiero la playa —sonrió la chica.

—A mí también me gusta el mar —dijo Regan—, pero hay que ir muy lejos para encontrar una playa limpia. El puerto es muy activo y su contaminación se deja notar demasiado en las proximidades.

A los pocos minutos habían salido de la ciudad. Un cuarto de hora más tarde, Regan desvió el coche por una carretera secundaria

que se dirigía hacia las distantes montañas.

La carretera, en ocasiones, corría paralela a una línea ferroviaria. En una ocasión se cruzaron con un largo convoy maderero, que transportaba cientos de enormes troncos.

—No sabía yo que hubiese explotaciones madereras en Rylen Harbour —dijo ella.

—Tuvieron más importancia en el pasado —contestó Regan—. De todas formas, siempre hay expediciones de troncos, que permiten seguir explotando el ferrocarril. Los ríos no poseen el caudal suficiente para transportarlos por vía acuática o por almadías, como se hace en otras partes.

—Tú entiendes de todo —sonrió Dolly.

—No he nacido en Rylen Harbour, ya lo sabes, pero llevo aquí el tiempo suficiente como para considerarla mi ciudad. La conozco bastante bien, a fondo, podría decirse, y por eso mismo desearía que dejasen de ocurrir muchas de las cosas que pasan.

—He leído el artículo de Russ Bernley. Califica a la ciudad de nueva Sodoma, entre otras lindezas.

—Bernley es muy amigo mío y él sí ha nacido aquí. No hace muchos años, Rylen Harbour era una ciudad tranquila, dentro de su actividad industrial y portuaria. A Russ le duele ver que su ciudad se ha transformado en una jungla de asfalto, donde las fieras de dos patas se matan salvajemente y donde los más fuertes Oprimen y explotan a los más débiles.

—Lo cual no deja de ser cierto —exclamó Dolly.

—Hay mucha corrupción en la ciudad. O las autoridades emprenden una campaña de saneamiento o llegará el día en que ni siquiera se pueda salir a la calle —dijo Regan, tétricamente.

Guardaron silencio durante unos minutos. Dolly contemplaba el paisaje. De cuando en cuando divisaban algún arroyo que caía de las montañas y saltaba de roca en roca para ir a perderse en abruptos barrancos. Los árboles, pinos y abetos, principalmente, formaban una masa de vegetación poco menos que impenetrable.

La velocidad, debido al trazado de la carretera, se había hecho más reducida. Hora y media después de haber salido de la ciudad, Dolly vio que Regan metía el coche por lo que parecía una pista forestal, que ascendía en una pendiente bastante empinada y con abundantes curvas.

Veinte minutos después, casi de repente, Regan detuvo el coche.

Dolly se quedó estática, con los ojos muy abiertos y la respiración en suspenso. Regan la contemplaba sonriendo.

—Oh, Dios mío, qué maravilla —murmuró la chica—. Esto es increíble, fantástico... No puede ser cierto, cosas así no existen en la tierra, debo de estar soñando...

Regan abrió la portezuela del coche y saltó al suelo. Dolly le imitó. El extendió la mano y la chica le entregó la suya con toda naturalidad.

Con las manos juntas, caminaron sobre la espesa alfombra de pinos, en medio de un silencio absoluto, sólo interrumpido a veces por muy ligeros susurros del viento al agitar las ramas altas de las gigantescas secuoyas que había en aquel lugar. A Dolly le parecía hallarse bajo las naves de alguna fantástica catedral, en la que la mano del hombre no había tenido la menor intervención.

Al cabo de unos minutos, Dolly se paró y volvió el rostro hacia su acompañante.

—Tú lo sabías —dijo—, ¿Por qué no me dijiste algo?

—Sabía que la sorpresa sería mayor y más agradable si callaba —contestó Regan.

Dolly se acercó a una secuoya de excepcionales dimensiones y golpeó suavemente su rojiza corteza.

—Ese árbol es el «Abuelo Bill» —indicó Regan—. Casi todos tienen un nombre; se acostumbra mucho en los bosques de secuoyas; por lo menos, para designar a los más sobresalientes.

—¿Cuáles son las dimensiones del Abuelo Bill? —preguntó Dolly.

—Altura ciento treinta y dos metros; diámetro, ocho y treinta y seis centímetros. Edad, no inferior a tres mil quinientos años.

Dolly se tapó la cara con las manos.

—Me siento anonadada —murmuró—. ¿Qué es el hombre delante de estas maravillas de la naturaleza? ¿Por qué somos tan orgullosos, si no valemos más que lo que vale la aguja seca de un pino, recién desprendida de su rama?

—Somos humanos, animales con inteligencia y no siempre encaminada al bien —contestó Regan, filosóficamente—. Pero de vez en cuando vengo aquí y, como tú, trato de comprender por qué, en nuestra pequeñez, nos creemos los reyes del universo, sin

merecimiento alguno para ello.

La chica le miró fijamente.

—Buddy, quiero pedirte un favor —dijo.

—Sí, lo que sea, Dolly.

—Alguna vez tendrás que traerme aquí. Quiero venir a este lugar en más ocasiones.

—Todas las que quieras —rio él.

—Habrá que pedir permiso.

—Ya lo tienes, Dolly. El dueño de parte de este bosque, es decir, del lugar en que te encuentras, te da permiso para que vengas aquí siempre que quieras.

Ella le miró con infinito asombro.

—¿Cómo? Estas secuoyas... ¿son tuyas?

—Mi abuelo compró la parcela de bosque hace ochenta o noventa años. Por fortuna, no necesitó venderla ni mi padre tampoco. En cuanto a mí, jamás la venderé.

—Harás bien —dijo Dolly, tendiéndole las manos impulsivamente—. Es un lugar tan maravilloso... Se respira paz, tranquilidad; reina una calma infinita... y todo esto es tan distinto de la ciudad...

—Por eso te traje aquí, sabía que te agradaría. Pero creo que debemos volver a la realidad unos momentos.

—Sí, Buddy.

—¿Qué me cuentas de Gershward? ¿Has visto por allí al pistolero que reconociste el otro día?

—No, no lo he visto. Y en la Gershward Enterprises, todo marcha con absoluta normalidad —respondió la muchacha.

* * *

El hombre se levantaba del suelo, con la cara tumefacta y los labios sangrantes. Peter Kazynski vomitaba sordas maldiciones contra los sujetos que le habían apaleado minutos antes.

De pronto, un individuo se le acercó, solícito,

—¿Puedo ayudarle, amigo? —preguntó.

Kazynski lanzó un taco.

—No, no se moleste; todavía puedo tenerme en pie —contestó.

—Diríase que le han golpeado —murmuró el desconocido.

—Sí, me han apaleado. Esos malditos esbirros de Spence...

—Ah, fueron ellos.

—Sí. Querían descontarme cinco dólares de mi salario semanal y yo me negué e hice que los demás se negasen. A los pagadores no les quedó otro remedio que darnos el salario íntegro, pero después, esa pareja de matones me pillaron por su cuenta y...

—Lastimoso —suspiró el desconocido—. ¿Quiere que le acompañe a casa?

—No, podré ir solo. Lo peor de todo es que esos forajidos me han limpiado los bolsillos. Se lo haré pagar caro cuando los encuentre, créame.

—¿Los conoce?

—Sí, son Diven Smith y Willie el Seboso. Ya le he dicho que me atraparon por sorpresa; de lo contrario, ni siquiera los dos hubieran podido conmigo. Pero ya quedé atontado del primer golpe y...

El desconocido sonrió.

—No se deje sorprender otra vez y devuélvalos la pelota —aconsejó.

Aquella noche, al llegar a su casa, Kazynski se sintió enormemente sorprendido cuando encontró en sus bolsillos dos billetes de cien dólares. Inmediatamente, pensó en aquel desconocido, que había unido la amabilidad y la simpatía a la caridad. Kazynski le dio las gracias mentalmente y luego empezó a pensar en la mejor manera de devolver los golpes que había recibido.

CAPÍTULO IV

SONÓ el teléfono. Regan abandonó la labor de corrección del original que tenía entre manos y pronunció su nombre.

—Hola, Buddy —oyó una voz conocida—. Tengo alguna noticia para ti. Eres un hombre afortunado —rio Bernley—. Las vas a conocer antes de que aparezcan en el periódico.

—Eso está bien, Russ —sonrió el joven—. Dime de qué se trata, por favor.

—Allá va, Buddy. Creo que tenías razón: hay algo raro, un nexo común en las muertes de aquellos cuatro o cinco individuos que me citaste el otro día.

—Interesante, Russ. ¿Cuál es el factor común?

—Todos fueron muertos por la misma pistola, lo que hace suponer un mismo matador.

—Se han comprobado los proyectiles, ¿eh?

—En efecto. Sobre ese particular, no hay dudas: todas las balas salieron de la misma pistola. Por tanto, parece lógico pensar en un solo asesino.

—Le llamas asesino, porque ha matado a varias personas. Otros lo llamarán de un modo distinto: ejecutor O quizá benefactor de la ciudad. Lo digo pensando en la catadura de los difuntos.

—Sí, tienes razón —convino Bernley—. Pero nadie puede tomarse la justicia por su mano, Buddy.

—Yo también pienso así, lo que no significa que el asesino sea de nuestra misma opinión.

Bernley se echó a reír.

—Desde luego, opina de un modo radicalmente distinto —

contestó—. Ah, hice públicamente aquella pregunta a Spence. Llamó después por teléfono y dijo que me daría la respuesta de un modo privado y satisfactorio.

Una especie de campana de alarma empezó a tañer en el acto dentro del cerebro de Regan.

—Una actitud muy gentil por su parte —comentó, con acento intrascendente—. ¿Algo más, Russ?

—No, es decir, sí... Se me ha ocurrido que si esas cuatro o cinco muertes han sido ejecutadas por la misma persona, podría dar un sobrenombre al asesino.

—¿Lo has encontrado ya?

—Sí. Cuando lo mencione en mi próxima crónica, le llamaré el Implacable. ¿Qué te parece, Buddy?

Regan hizo una mueca. «Carente de originalidad», pensó.

—Muy original —dijo hipócritamente.

—Gracias, Buddy. Léeme mañana por la mañana, ¿quieres?

—O. K., Russ.

Regan volvió el teléfono a su sitio. No podía asegurarlo, pero presentía que la respuesta de Spence iba a ser todo menos amable y explícita.

* * *

El Tribune de Rylen Harbour se hallaba en un edificio con fachada a una de las principales vías de la ciudad. Otra de las fachadas daba a un largo callejón, Con varias puertas para los camiones de suministro de papel y reparto de periódicos, más otra que daba a un garaje donde el personal del diario encerraba sus coches.

Eran las dos de la mañana. El callejón estaba silencioso y desierto. Tres horas más tarde empezaría la actividad, cuando los primeros ejemplares del diario empezasen a salir de máquinas.

Russ Bernley bajó en el ascensor desde la redacción al garaje. Había ya muy pocos coches. Uno de ellos era desconocido para él, pero no reparó demasiado en el detalle.

El local estaba iluminado por un par de lámparas, que daban la luz escasa, suficiente, sin embargo, para no tropezar con los obstáculos. De repente, Bernley vio a dos hombres que avanzaban hacia él.

Un tercer individuo entró en aquel momento por la puerta del

garaje. Regan fue a gritar para avisar a su amigo, pero de súbito otro individuo surgió de detrás de un coche y se interpuso entre el periodista y la pareja.

—Hola —dijo Kazynski, sonriendo dificultosamente, a causa de qué sus labios no estaban todavía curados del todo—. Nos vimos hace dos noches, creo.

Smith y el Seboso se detuvieron en el acto. Kazynski avanzó hacia ellos. Por encima del hombro, dijo:

—Señor Bernley, no se preocupe; yo me encargaré de esta pareja de rufianes.

—Russ, iban a traerte la respuesta de Spence —terció Regan.

El periodista asintió, muy pálido. De pronto, Smith se arrojó contra Kazynski, enarbolando una cachiporra.

El robusto cargador sonrió. Alargó la mano izquierda, sujetó la muñeca de Smith y luego disparó su puño derecho con todas sus fuerzas.

El pandillero gimió. Kazynski golpeó con el codo y Smith salió rebotado a media docena de metros de distancia.

El Seboso era más fuerte y consideró indigno emplear una porra. Sabía manejar bien los puños, pero casi antes de que supiera lo que le ocurría, se encontró tendido en el suelo, viendo las estrellas por todas partes.

Smith se sentaba en aquel momento, medio aturdido, sin respiración y pensando en que todo lo que le había ocurrido era un mal sueño. En aquel momento, Kazynski vio en el suelo la cachiporra.

Medía unos veinticinco centímetros por seis o siete de grueso. Una chispa de burla apareció en sus ojos. Con los dedos de la mano izquierda agarró la nariz de Smith y apretó hasta que el sujeto, sin respiración, abrió la boca de par en par. Entonces le puso dentro la cachiporra y luego, con un movimiento rapidísimo de las dos manos, le juntó las mandíbulas, mediante un doble golpe seco y contundente.

Se oyó crujido de dientes. Smith dijo algo ininteligible y se desmayó. Regan se echó a reír.

—Lo ha hecho muy bien, amigo —dijo.

Kazynski miró despectivamente a los hombres caídos en el suelo.

—Me lo debían —exclamó.

El interés profesional de Bernley se sintió repentinamente excitado por lo ocurrido.

—Oiga, ¿conocía usted a esos dos tipos? —preguntó.

—Sí, desde luego; los conozco demasiado bien. Son los matones de Ward Spence.

—Spence, ¿eh? ¿Por qué no nos vamos a cualquier parte a tomar un par de copas y charlamos un rato? Quieres venir tú, Buddy?

—Me encantará —contestó el interpelado.

Bernley palmeó los anchos hombros de Kazynski.

—Vamos, amigo —dijo—. El señor Regan y yo queremos que nos cuente muchas cosas... Yo soy Russ Bernley, del Tribune.

—No me pierdo uno solo de sus artículos —confesó Kazynski.

* * *

El dueño de la casa dormía tranquilamente, cuando de repente creyó oír un ruidito en la habitación contigua.

Ward Spence encendió la luz, y bostezando, se sentó en la cama.

—¿Willie? —llamó.

La puerta del dormitorio se abrió. Un hombre vestido con ropas oscuras y sombrero de ala amplia, caminó hasta tocar con las rodillas los pies de la cama.

—No soy Willie —dijo el intruso.

Spence se sintió repentinamente lleno de pánico.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó.

—Le llamé por teléfono hace algunos días —contestó el desconocido—. ¿No lo recuerda? Le anuncié que Mustie y el Sapo habían muerto.

Un reguero de sudor corrió en el acto por la mejilla izquierda de Spence.

—Oiga, no... no se precipite... Creo que podemos arreglarnos.

—Ni siquiera mi llamada le hizo cambiar de modo de ser. Sus hombres apalearon días atrás a un tipo decente, sólo porque se negó a dejarse expoliar. Esto se ha acabado, Spence.

El dueño de la casa chilló al ver una pistola en las manos del intruso. Se oyó un leve chasquido y Spence sintió que una fuerza irresistible lo tiraba hacia atrás.

Empezó a llorar. El desconocido le miró despectivamente.

—Ahora siente lo que sintieron muchas de sus víctimas —dijo.

Y disparó de nuevo.

Los gemidos de Spence cesaron en el acto.

* * *

—Voy a acabar enamorándome de ti —dijo Regan.

Dolly se echó a reír.

—Al menos, ten la decencia de no burlarte de mí —dijo, mientras aceptaba el cigarrillo que le tendía el joven.

—Un hombre tiene derecho a enamorarse, me parece a mí —alegó él.

—Indiscutible, pero no se le permite la burla. ¿Qué me cuentas de nuevo, Buddy? —preguntó Dolly, para desviar la cuestión.

—Eso tú. ¿No tienes nada que decirme de la G. E.?

Dolly se puso seria de pronto.

—Vi al pistolero, Buddy —declaró.

Regan se inclinó hacia adelante. Estaban en una cafetería, sentados a ambos lados de la misma mesa.

—Cuenta, Dolly —pidió.

—Fue ayer. Vino cuando ya estábamos a punto de terminar el trabajo. Ha cambiado de aspecto, pero lo reconocí.

—¿Cuál es su aspecto actual?

—Lleva lentes de universitario y bigote. Pero hay algo en él, un detalle inconfundible que lo hace fácilmente reconocible.

—Dime, Dolly, no me tengas sobre ascuas —rogó él, impaciente.

—Le falta medio meñique izquierdo. Lo vi muy bien, porque estaba fumando. Su apariencia me resultaba conocida y ese detalle me hizo recordar en el acto, ya que también me había fijado en la anterior ocasión.

—Comprendo. Sigue, por favor.

—Además, conozco su nombre. Simón Gruner.

—No está mal. Pero, ¿qué clase de relación puede unir a Gruner con Gershwind?

—Es cuestión de paciencia, Buddy, ¿no crees?

Regan asintió.

—Sí —convino—. Lo que interesaría ahora es saber dónde vive.

—¿Irías a verle?

—No lo sé, pero creo que resultaría conveniente.

—Si quieres que pregunte...

—¡No! —cortó él, casi con violencia—. No quiero que tus preguntas puedan hacerte sospechosa.

—Está bien, Buddy, pero así no adelantaremos nada.

—Preciosa, tu seguridad personal me importa más que nada. Gruner tiene que ser a la fuerza un tipo despiadado. Si supiese que puedes identificarlo, te mataría sin compasión.

Dolly se estremeció.

—Pero, ¿en qué ciudad vivimos? —exclamó, sin poder contenerse.

—En una ciudad donde parece sólo se acepta la ley del más fuerte. Y el más fuerte es el que mejor maneja las armas de fuego —contestó Regan, sombríamente.

* * *

Un hombre se acercó a la pareja de pronto.

—¡Hola, Buddy! —saludó alegremente.

Por unos momentos desaparecieron las preocupaciones de Regan. Extendió la mano, estrechó la de su amigo y luego hizo las presentaciones:

—Dolly West, F. Q. Kilburn, pintor de fama y decorador para los amigos. El día que quieras decorar tu casa, F. Q. lo hará con mucho gusto, créeme.

—Así es, señorita West —manifestó Kilburn—. ¿Puedo sentarme, Buddy?

—Claro, hombre. Pide lo que quieras.

—F. Q. son las iniciales de sus nombres, supongo —dijo Dolly.

—Francis Quentin —sonrió Kilburn—. Puede llamarme Frank o sólo por las iniciales, como hace su amigo.

Dolly sonrió. Vino la camarera. Kilburn pidió una taza de café.

—¿Has leído el periódico, Buddy? —preguntó a continuación.

—Sí. La ciudad sigue oliendo a pólvora, F. Q.

—Y las autoridades en el limbo. Señorita, ¿qué opina usted de la actual situación?

Dolly hizo un gesto ambiguo.

—No es muy agradable, en efecto —dijo.

—Se necesitaría un batallón de barrenderos para dejar a la ciudad limpia de toda esta inmundicia —exclamó Kilburn—. ¿No lo crees tú así, Buddy?

—Deja que la policía se encargue de eso, F. Q. A mí me parece que un artista como tú debería de estar por encima de esas minucias.

Kilburn se echó a reír.

—Sí, tienes razón —convino—. Pero también un artista es ciudadano y debe sentirse interesado por la paz,

—Bueno, ¿por qué no? Pero...

Kilburn dejó con la palabra a su amigo.

—Ah, perdonen, acabo de ver a una conocida.

El artista se marchó, sin tomarse siquiera el café recién servido. Regan vio que se acercaba a una hermosa mujer de unos treinta años, de abundantes cabellos negros y vestida con singular elegancia.

—¡Caramba, qué amistades tiene F. Q.! —exclamó

—¿Conoces a la mujer? —preguntó él, sorprendido.

—Sólo de vista. Es Nathalie Gillan, cover-girl en tiempos no muy remotos.

—¿Y ahora?

Dolly se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

Regan contempló a la pareja durante unos instantes. El contraste entre su amigo y la hermosa Nathalie Gillan resultaba hartamente patente: el hombre de mediana altura, vestido con desaliño, y la mujer, alta, esbelta, elegante.

Pero ella parecía muy complacida de estar junto al hombre a quien pasaba cuatro o cinco centímetros de estatura. De pronto, agarró a Wilburn por un brazo y lo empujó hacia la calle.

—¡Qué suerte tienen algunos! —suspizó Dolly.

Regan miró fijamente a la muchacha.

—Estando a tu lado, yo no envidio a Kilburn, ni a ningún otro hombre —dijo.

CAPÍTULO V

REGAN agarró el teléfono, marcó un número, y cuando oyó una voz femenina al otro lado de la línea, pidió le pusieran en comunicación con Bernley.

El periodista contestó a los pocos instantes:

—¿Buddy?

—Hola, Russ. Quiero pedirte un favor reservadamente, por supuesto.

—Dalo por hecho —dijo Bernley.

—Hace algunos días, dos tipos cosieron a balazos a un hombre llamado Jerome Hayles. El suceso ocurrió en Blackie's.

—Lo recuerdo perfectamente, Buddy.

—Bien, resulta que yo sé quién es uno de los dos asesinos.

—¡Magnífico! —exclamó Bernley—. Es la mejor noticia.

—No te apresures; por ahora creo sería conveniente tenerla silenciada.

—¿Motivos?

—¿Por qué murió Hayles?

—Ah, eso no lo sabe nadie. Era un hombre amable, correcto, honrado, amante de su familia... No se le conocían relaciones irregulares de ninguna clase, por lo que resulta doblemente extraño que fuese víctima de un ajuste de cuentas.

—En ese caso, convendrás conmigo que la noticia que acabo de darte debe permanecer oculta, hasta el momento en que se sepan más detalles de ese asesinato. Y tú puedes contribuir mucho a ello, Russ.

—Dime cómo, Buddy.

—El asesino identificado se llama Simón Gruner.

—No he oído nunca ese nombre, pero haré investigaciones, te lo prometo.

—Discretamente, por supuesto.

—Claro, hombre —rio el periodista—. Y ahora voy a corresponder con otra noticia que todavía no ha gozado de la publicidad. Spence fue muerto por el Implacable.

—Seguro que los peritos en balística han identificado los proyectiles, ¿eh?

—Así es, Buddy. Bien, te llamaré apenas conozca más detalles de Gruner.

Regan colgó el teléfono, ignorante de que había sido espiado por alguien con unos potentes prismáticos. El espía, además, disponía de un singular aparato capaz de captar el zumbido del vuelo de una mosca a cuatrocientos metros de distancia.

El fonocaptor tenía acoplada una grabadora, que había registrado la conversación habida entre Regan y el periodista. Era un procedimiento que evitaba tener que manipular en teléfonos ajenos.

El espía dio marcha atrás a la cinta y escuchó con suma atención todo lo grabado. Luego salió de la estancia, cuya puerta cerró con doble vuelta de llave, y buscó el teléfono.

Hizo una llamada. Alguien le contestó. El espía dijo:

—Quiero informes de Simón Gruner.

—Lo intentaré.

—Cuanto más pronto, mejor para todos.

—Está bien, seremos rápidos. Adiós.

—Adiós.

El teléfono volvió a la horquilla. Satisfecho, el individuo se sentó en un cómodo butacón, encendió un cigarrillo y dejó pasar el tiempo lánguidamente, mientras contemplaba las azules espirales de humo.

* * *

—Hombre, creí que te habías ido a descubrir el Polo Sur —exclamó Kilburn, sarcásticamente.

—Está descubierta ya —sonrió Regan—. Pero tú lo dices porque hace tiempo que no venía a verte.

—Era sólo una broma, Buddy. Demasiado sé que tienes todo el

tiempo ocupado con tu asesoría sociológica. ¿Qué tal marcha el asunto?

—Psé... No puedo quejarme. Vivo.

Kilburn lanzó una tremenda carcajada.

—Eres todo un filósofo —dijo, sin dejar de manejar los pinceles—. Vives...

—Lo que no es poco hoy día, bien mirado, F. Q.

—Sí, tienes razón —convino el artista—. ¿No quieres servirte algo?

—Gracias. Por ahora no tengo sed. Pero sí la tengo espiritual.

—¡Oh, qué terrible! ¿Sed espiritual, ansia de saber?

—Exacto, F. Q.

—¿Puedo saciar yo esa sed?

—¿Qué me cuentas de Nathalie Gillan?

El pintor suspendió un instante su tarea para volverse y mirar a su amigo maliciosamente.

—El otro día os dejé plantados a ti y a la chica que te acompañaba —dijo.

—Sí. F. Q., la verdad es que saliste disparado como...

—Es una mujer muy hermosa, pero para mí... —Kilburn suspiró—. Tengo que decir lo que dijo la zorra cuando vio que no llegaba a las uvas de la parra: «Están muy verdes».

—No te subestimes, F. Q. —rio Regan—. A poco que te lo propongas, puedes alcanzar las uvas de esa parra. Ya sé que me dirás que ella es muy hermosa y, además, más alta que tú, pero yo recordaré a unos cuantos grandes amadores de la historia, que no eran altos ni gallardos ni apuestos y, sin embargo, se hicieron célebres por sus hazañas amorosas, aparte de lo que ya lo fueran por distintos motivos. Napoleón no era alto y... vamos, no se le resistía una.

—Era emperador, así cualquiera —dijo el pintor burlonamente.

—Lord Byron era cojo y Nelson tuerto...

—No me convences, Buddy. De todas formas, te lo diré: nuestra relación es puramente profesional. Nat quiere que le haga un retrato.

—Ah, ya la llamas Nat —dijo Regan.

—Claro, todos los que la tratan con cierta confianza lo hacen así —contestó Kilburn.

—Ya. Y dime, ¿qué clase de pintura será? ¿Surrealista?

—Ah, ése es un secreto —dijo el pintor maliciosamente—. Durante las sesiones de pose, Nat y yo permaneceremos a solas y nadie verá la tela hasta el momento de su exhibición.

—Vamos, quieres dar el golpe.

—Exactamente.

Regan se puso en pie.

—Te felicito por adelantado —dijo—. Será un cuadro famoso. Hasta la vista, F. Q. —se despidió.

Kilburn hizo un leve gesto con la cabeza, pero sumido en su labor ni siquiera contestó a las palabras de su amigo. Regan, sin embargo, no se quejó, advirtiendo la profunda concentración de su amigo, absorto por completo en la tarea que estaba realizando.

* * *

Sonó el teléfono. Regan estudiaba en aquellos momentos el informe redactado por uno de sus agentes y dejó la lectura por el momento.

La voz del que llamaba la resultó desconocida.

—Señor Regan —dijo el individuo.

—Sí.

—Soy Jardline, Morton Jardline, de la Jardline Impex. Supongo que habrá oído hablar de nosotros.

—Sí, un poco, señor Jardline.

—Tenemos otras empresas, no nos limitamos solamente a la importación y exportación. Nos gustaría un estudio sociológico del grupo de empresas.

—Podría intentarse, por supuesto —contestó Regan.

—Estimaré venga a verme a mi despacho en cuanto le sea posible. Así discutiremos las condiciones del estudio sociológico y las posibles consecuencias que ello podría reportar a nuestras empresas.

—Iré mañana, a las diez. ¿Le parece bien?

—Encantado.

Regan dejó el teléfono. La llamada de Jardline podía representar mucho para su prestigio profesional. Jardline era una persona importante en Rylen Harbour, un hombre que, habiendo empezado de la nada, se había labrado una posición social y económica como había pocas en la ciudad.

Al cabo de unos minutos, sonó el teléfono nuevamente.

Era Bernley.

—Habla tu espía particular, con noticias —dijo el periodista, con acento de buen humor.

—Interesante. ¿Cuáles son esas noticias?

—Se refieren a Hayles, el tipo a quien balearon Gruner y otro pistolero.

—Ah, sí. ¿Qué hay sobre el caso?

—Doble vida, Buddy.

—Comprendo. Hayles no era lo que aparentaba, ¿eh?

—Ni mucho menos, aunque es preciso convenir que no se habría sabido, de seguir con vida. Ni su propia esposa sabía nada.

—En resumen, un tipo astuto.

—Generalmente, todos los que llevan una doble vida son astutos durante un tiempo. Luego cometen una imprudencia y se destapa el pastel.

—¿Cuál fue la imprudencia de Hayles?

—Dejarse meter seis balas en el cuerpo, Buddy.

—Russ, a Hayles ya no le importa que se conozca su doble vida.

—No, claro que no.

—Y los que le mataron, mejor dicho, el que dio orden de eliminarlo, conocería alguna imprudencia de Hayles que le aconsejaba su eliminación.

—Sí, lógico. Pero Gruner no te lo dirá, Buddy.

—Todo depende de que le haga cosquillas en la planta de los pies —rio Regan.

—Si se deja descalzar —contestó Bernley, con una estentórea carcajada—. En serio, todavía no sé nada de Gruner.

—Bueno, no te impacientes; todo llega en este mundo.

Regan volvió al trabajo. Al cabo de unos minutos sonó el teléfono nuevamente.

Hizo un gesto de contrariedad.

—El día se ha metido en llamadas —masculló a la vez que alzaba el auricular—. Habla Regan —dijo, de no muy buen talante.

La voz que oyó a continuación le hizo pensar si estaba soñando:

—Señor Regan, discúlpeme por molestarle. Soy Nathalie Gillan y me interesaría sostener una entrevista profesional con usted.

El joven se quedó boquiabierto de sorpresa.

—¿Quiere que usted y yo...?

—Así es, señor Regan. ¿Le parece bien venir a mi casa a las siete y media? Podríamos tomar una cena fría, mientras charlamos.

—Estaré allí a las siete y media en punto —aseguró Regan, todavía no muy seguro de hallarse completamente despierto.

—Vivo en North Redwood, ochocientos once —indicó Nathalie, con voz que al sociólogo le pareció la de un ángel.

—Sí, señorita —contestó Regan.

Ya no pudo concentrarse en el trabajo. En su mente bullían mil ideas, todas ellas absolutamente contrapuestas, sin que ninguna de ellas fuese suficiente para explicar lo que juzgaba inexplicable llamada de la hermosa Nathalie Gillan.

«Caramba —dijo de pronto—. Estoy portándome como un estudiante novatillo en su primera cita amorosa. Y ya ando por los treinta años, la edad, más o menos de la hermosa Nathalie Gillan.»

Apenas había terminado el soliloquio, sonó el teléfono una vez más.

—Regan —dijo, tras acercarse el aparato a la oreja.

—Escuche —habló una voz bronca, muy irritada, al parecer—, no acuda a la cita con la señorita Gillan. No vaya o le mataré.

La comunicación se cortó bruscamente.

Regan, atónito, se quedó mirando el teléfono con ojos incrédulos. Había dos preguntas que surgían inmediatamente, tras haber escuchado aquellas frases amenazadoras.

¿Cómo se había enterado el desconocido de que tenía una cita con Nathalie?

¿Era algún amante desdeñado y le amenazaba por celos?

Quizá la propia Nathalie pudiera aclararle la segunda pregunta. En cuanto a la primera, no veía el modo de encontrar la respuesta adecuada.

CAPÍTULO VI

EL espía había estado observando a Regan con los prismáticos y vio que se disponía a salir. Entonces sonó el teléfono.

Maldiciendo en su interior, el espía se vio obligado a atender la llamada.

—Sabemos dónde vive Gruner —dijo el otro—. Empiece a estudiar el asunto.

—Hoy no.

—Cuanto antes. Ah, y averigüe también el nombre de su compinche. Es urgente, ¿comprende?

—Pero yo tengo trabajo...

—Se comprometió a una tarea. Ejecútela.

El espía colgó el teléfono, protestando en voz baja de la inoportuna llamada. Pero no tenía más remedio que atenderla y se dispuso a pensar en la forma más conveniente de llegar hasta Gruner.

Mientras tanto, Regan, ignorante del espionaje a que era sometido, salió de su casa. Veinte minutos más tarde, uno antes de la hora acordada, llamaba al timbre en la puerta de la residencia de Nathalie.

Era una casa relativamente pequeña, de una sola planta, rodeada de un bien cuidado jardín. Nathalie en persona acudió a abrirle.

—Señor Regan, supongo —dijo con sonrisa cautivadora.

El visitante se descubrió.

—Encantado, señorita Gillan —dijo.

La mano de Nathalie tiró de la del hombre.

—Venga —murmuró.

Regan se sentía estupefacto. Nathalie llevaba puesto algo que lo mismo podía ser un vestido de audaz trazado que un peinador o un camisón muy transparente. Debajo de la prenda había una cantidad mínima de ropa, que se advertía casi sin necesidad de contraluz. Los largos y sedosos cabellos negros de la mujer estaban sueltos.

Nathalie le condujo hasta una sala decorada en un estilo rabiosamente futurista. La mesa era larga y alta, con taburetes de bar. Ya había una buena colección de platos con fiambres y otros alimentos fríos, además de las bebidas correspondientes, entre las que se incluía una botella de champaña, dentro de su cubo con hielo.

—Supongo que tomará un aperitivo antes de la cena —dijo ella, a la vez que empezaba a prepararlo.

—Con mucho gusto, señorita.

—Todos me llaman Nat, incluso su amigo F. Q. —sonrió ella—. Usted también, por favor, Buddy.

—Conoce muchos detalles míos, Nat —observó el joven.

—F. Q. me facilitó la información. Por eso le he llamado, Buddy.

Regan tomó la copa que le ofrecían. Nathalie se encaramó a uno de los taburetes y él la imitó.

—Necesito su asesoría legal, Buddy —dijo ella.

—Nat, yo no quisiera defraudarla, pero aunque tengo título de abogado, es más bien como complemento poco menos que obligado de mi profesión de sociólogo, en la que muchas veces se precisan conocimientos legales. Sin embargo, no ejerzo de un modo estricto como tal abogado.

Un gesto de decepción se dibujó en el hermoso rostro de la joven.

—Oh, cuánto lo siento —exclamó—. Así, pues, he perdido el tiempo.

—No soy presumido; de lo contrario, le diría que tenerme a mí aquí no es perder el tiempo —dijo Regan.

Nathalie se echó a reír.

—Me gustan los hombres modestos —manifestó con acento de buen humor.

—De todas formas, y a título privado, si me cuenta su problema, quizá pueda darle algún consejo legal. Gratuitamente, por supuesto.

—Oh, no se preocupe, Buddy; puesto que no va a poder hacerlo,

no merece la pena continuar hablando más del asunto.

—F. Q. debió habérselo advertido —dijo él.

—Quizá yo no le entendí bien —manifestó Nathalie—. De todas maneras, será mejor olvidarlo.

—A su gusto.

Los ojos de Regan dieron una rápida pasada por la decoración.

—Apostaría algo a que la imaginación de F. Q. tiene mucho que ver con el ambiente de esta sala —dijo.

—Ganaría todas las apuestas —contestó Nathalie.

—Es un gran artista —elogió Regan—. También sé que la va a pintar a usted, aunque no me ha querido decir cómo, ni con qué vestido.

—Quizá no lleve puesto ninguno, Buddy —dijo ella, maliciosamente.

Regan clavó la vista en el hermoso rostro de Nathalie. «¿Para qué le había llamado realmente?», se preguntó.

Era la primera vez que se trataban. Regan no tenía la menor idea de haber visto a Nathalie en ninguna otra parte. Y no era tan presumido como para creerse que ella lo había llamado para satisfacer algún capricho.

—En tal caso, resultará un cuadro sensacional —aseguró.

—Aún no hemos decidido qué atavío llevaré puesto, si es que llevo alguno —manifestó Nathalie—. Aunque está decidido que me pinte, no hemos llegado todavía a un acuerdo sobre este punto.

—Ya. Nat, quiero hacerle una pregunta —dijo él.

—Sí, claro.

—Aparte de F. Q., quien por haberme recomendado a usted sabía que nos entrevistaríamos, ¿quién más lo sabía?

Nathalie arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Por qué dice eso, Buddy?

—A los pocos minutos de haber hablado con usted por teléfono, me llamó un desconocido para prohibirme que la visitara a usted. O me mataría, amenazó.

El bello rostro de la mujer expresó consternación.

—Pero... ¡eso es horrible! —exclamó—. ¿Quién puede...?

—Seamos francos, Nat —pidió Regan—. ¿Hay algún hombre que pueda considerarse desdeñado por usted? En sentido amoroso, desde luego.

—No —respondió ella, con presteza—. El único que podría formular alguna objeción a esta entrevista es mi adversario legal.

—Ah, el hombre con quien usted tiene un pleito.

—Sí, pero puesto que usted no me va a defender...

—Dije que podía darle consejos legales, a título privado. Luego, usted podrá elegir un buen abogado, según la clase de conflicto pendiente con ese individuo. Por cierto, ¿quién es, Nat?

—Paul Gershwind —contestó Nathalie, instantáneamente.

* * *

Simón Gruner llegó a su casa, sacó la llave del bolsillo y la insertó en la cerradura. Abrió, entró y pulsó el interruptor de la luz.

Después de cerrar se dio cuenta de que había un hombre sentado en una butaca. La mano derecha de Gruner fue al interior de su chaqueta, pero el gesto quedó cortado en el acto cuando vio que el desconocido le apuntaba con una pistola.

—¿Policía? —preguntó Gruner, muy rígido.

—No.

—¿Entonces...?

—Simón, con todo cuidado, usando sólo dos dedos, saque la pistola y déjela caer al suelo.

Gruner inspiró con fuerza.

—¿Qué sucedería si no quisiera obedecer? —preguntó.

El desconocido rio suavemente.

—Iría a hacer compañía a Jeremy Hayles —contestó.

Gruner se puso pálido.

—¿Cómo sabe usted...?

—No importa. Obedezca o le mataré.

El tono del intruso era normal, pero había en su voz una nota de hielo que llegó hasta el estómago del pistolero. Gruner obedeció y el arma cayó al suelo.

El visitante se puso en pie.

—Simón, dé media vuelta y tumbese boca abajo.

Maldiciendo atrozmente, a media voz, Gruner hizo lo que le decían.

—Manos a la espalda —fue la siguiente orden.

Un instante después, Gruner sintió el contacto de una cuerda en torno a sus muñecas. Una vez hubo asegurado las manos, el desconocido le ató también los tobillos, dejándolo en la misma

postura.

—¿Qué diablos quiere? —gritó Gruner, que ya empezaba a sentir un pánico espantoso.

—Dos fueron los que mataron a Hayles. Uno, usted. ¿Quién es el otro?

—No lo diré...

Impasible, el visitante quitó los zapatos y los calcetines, dejando los pies de Gruner al aire.

—Tengo un frasquito con ácido —oyó Gruner, lleno de pánico—. También tengo una navaja muy afilada para hacer diez mil cortes antes de que se me acabe la piel de la planta de tus pies. Pero igualmente podría emplear un cable eléctrico conectado a dos de los dedos de un pie. ¿Cuál de los sistemas prefieres?

Gruner lloraba de rabia y de miedo.

—¿Me..., me soltará si se lo digo? —preguntó.

—Te dejaré tal como estás —contestó el intruso. Hubo un momento de silencio. De pronto, Gruner lanzó un aullido de dolor.

—No te quejes, cobarde —dijo su visitante con acento burlón—. Sólo he arrimado la brasa de mi pitillo, pero sin tocarte siquiera la piel del pie.

Gruner se rindió.

—Jackie Fridd, Ecclestone Road, seiscientos veintidós 5. —dijo.

—Magnífico —contestó el visitante.

Gruner no lo vio; dada su postura, no podía ver el arma que le apuntaba a la nuca. Pero sí sintió un fuerte golpe en aquel lugar.

Durante una milésima de segundo, pensó que le habían dado un puñetazo en el cogote. Luego, percibió una sensación de ardor que le llegaba hasta la frente. Entonces, en otra millonésima de segundo, comprendió que le habían pegado un tiro.

El asesino se dirigió hacia la puerta.

—No mentí, Simón —dijo a media voz—; te he dejado tal como estabas.

Apagó la luz y salió sin hacer ruido.

* * *

—¿Cuáles son tus relaciones con Gershward?

Dolly casi gritó en son de protesta:

—¡Buddy! Pero, ¿qué te has creído...?

Regan se disculpó.

—Lo siento, nena —dijo—. Creo que no he sabido formularte la pregunta de un modo adecuado.

—Ah, eso me tranquiliza —sonrió la chica—. Continúa, Buddy.

—Lo que quiero saber es el estado de tus relaciones profesionales con Gershwird. A fin de cuentas, es tu jefe, me parece.

—En efecto, Buddy, así es.

—¿Y bien?

—Hay cierta confianza entre ambos, pero no pasa de lo que se podría llamar relaciones entre altos cargos de la empresa. Siempre ha sido muy amable y correcto conmigo... Pero, dime, ¿qué te traes entre manos? —quiso saber ella, llena de curiosidad.

—Es bien sencillo: aunque no ejerzo como abogado, puede que un día tenga que hacerlo.

—Me asombra, Buddy. ¿Vas a poner algún pleito a Gershwird?

—Yo, no, por supuesto, no tengo nada que reclamarle. Pero sí una dama llamada Nathalie Gillan.

—Ah, la cover-girl...

—Exacto, la misma.

Dolly miró a Regan con ojos maliciosos.

—Ese pleito, ¿no será para reconocer una paternidad oculta hasta ahora? —preguntó.

El joven se echó a reír.

—No seas mala —exclamó—. Se trata de un asunto financiero, eso es todo.

—Ah, ya, la cosa varía. ¿Qué clase de asunto?

—Nathalie no fue demasiado explícita, porque vio que yo no ejerzo de abogado, pero mencionó unas acciones... bueno, lo que se podría llamar conflicto por el derecho de propiedad de esas acciones. Por supuesto, son títulos de la Gershwird Enterprises.

—Cuando una empresa es poderosa, nunca le suelen faltar pleitos por asuntos que después se demuestra no tenían fundamento —dijo la muchacha con aire sentencioso.

—Sí, suele ocurrir así —convino Regan—, De todos modos, yo no he aceptado el caso. Y, además, como ya empecé diciéndole que no ejercía como abogado, ella tampoco me dio demasiadas explicaciones acerca de sus problemas con la G. E.

—Es lógico. Dime, Buddy, ¿cómo es Nathalie vista de cerca? ¿Resulta tan guapa como cuando aparecía en las portadas de las

revistas?

—Yo la encontré como si fuese a hacerse una fotografía de ésas —sonrió él.

—Espectacular, vamos.

—Es la palabra correcta. Pero creo que no debemos seguir hablando de ella.

—Como quieras. Buddy, me he estado acordando mucho del bosque de secuoias. ¿Cuándo me llevas allí de nuevo?

—¿Te gustaría un pic-nic para el próximo sábado?

Los ojos de Dolly brillaron de placer anticipado.

—Será maravilloso —auguró.

CAPÍTULO VII

SONABA el teléfono cuando Regan entraba en su casa. Se acercó al aparato y lo levantó rápidamente, dando nombre a continuación.

—Hola, soy Russ —dijo el que llamaba.

—¿Qué tal? ¿Algo de nuevo?

—En cierto modo. Léeme mañana, te gustará —manifestó el periodista.

—¿No puedes anticiparme algo de su contenido?

—Bueno, más o menos te lo puedes imaginar: aparte de la crítica a las autoridades locales y a la policía, Menciono de paso al Implacable. A mí se me ha ocurrido la hipótesis de que es alguien que quiere hacer por sí el trabajo que no hace la ley y eso es lo que expongo en mi artículo.

—Sí, parece que es una buena teoría —concordó Regan.

—A ver si consigo estimular a los que cobran del ciudadano para que justifiquen lo que ganan —rio Bernley.

—Haces bien en espolearles. Y, a propósito, tú que estás enterado de muchas cosas, quizá puedas darme datos de cierta persona que me interesa un poco. No mucho, entiéndelo bien, sólo moderadamente.

—De acuerdo, dame el nombre y veré de complacerte.

—Nathalie Gillan, una hermosa mujer que fue cover-girl en tiempos.

A través del hilo telefónico se oyó una risita.

—Te interesa esa beldad, ¿eh?

—Hombre, quiso contratar mis servicios como abogado, pero le hice ver que mi profesión actual no tiene prácticamente nada que

ver con los tribunales.

—Vaya, eso no lo sabía yo. ¿Cuáles son los pleitos de Nat?

—De índole financiera, unas acciones en discusión con una empresa de Rylen Harbour. Pero le hice ver que debía buscarse a otro abogado para su problema.

—Ya comprendo. Es una mujer guapa, desde luego. Ahora se rumorea que tiene propietario, aunque no legal.

—¿Cómo, Russ? No entiendo...

El periodista volvió a reír.

—Eres un poco duro de entendederas, Buddy —exclamó—. Yo estoy casado y soy el propietario legal de mi mujer.

—Ah, ahora lo entiendo... Bueno, has querido decirme que tiene un fulano...

—Exactamente, Buddy. El tipo se encarga de todo: manutención, vivienda, joyas, pieles..., a cambio, naturalmente, de lo que te puedes imaginar.

—Me lo imagino con toda facilidad. Y, ¿quién es el pájaro?

—Emmett Jardline.

—¡Jardline! —exclamó Regan, sorprendido.

—¿Te extraña?

—Hombre, un poco. Estuve hablando con otro Jardline, Morton de nombre... Quiere que trabaje para él en un estudio sociológico de su empresa.

—Morton es el padre y el que trabaja para que Emmett se divierta. Y como Emmett no quiere trabajar y sólo desea divertirse, resulta que las relaciones entre padre e hijo son de lo más tirantes que te puedes imaginar. Créeme, el hijo daría saltos de alegría si el viejo «diñase» hoy mismo. Pero Morton está fuerte como un roble y tiene vida para muchos años.

—¡Qué mala pata! —se burló Regan.

—Emmett vendería la empresa inmediatamente. No levantaría un solo dedo para hacer que siguiese en funcionamiento. Claro está que, antes de un par de años, lo verías en una esquina, con un sombrero viejo en la mano, pero si es su gusto, ¿quién se lo iba a impedir?

—Nadie, desde luego. Supongo que al viejo no le hará ninguna gracia el lío de su vástago.

—Por supuesto. Pero el vástago tiene ya treinta años y su padre

no puede enderezarlo. En fin, son cosas de la vida, Buddy.

—Sí, son cosas de la vida, Russ.

La conversación terminó. Regan, un tanto decepcionado por los informes recibidos de Nathalie, se dirigió al cuarto de baño.

Después de ducharse y ponerse cómodo de ropa, se sirvió una dosis de whisky con hielo. Tenía un libro interesante y se sumió en su lectura, olvidándose por completo de todos los demás problemas.

* * *

Jackie Fridd llegó a su casa y abrió la puerta con gran cautela. Conocía la forma en que había muerto su compinche y no quería que a él le sucediese una cosa parecida.

Con la mano derecha empuñaba la culata de su pistola. Dio la luz y miró a su alrededor.

En la sala no había nadie. Tampoco en el dormitorio ni en la cocina ni en el cuarto de baño. Lanzó un aspiró de alivio y relajó la tensión.

Las cosas se estaban poniendo feas, pensó. Aquel jeto, al que un periodista demasiado curioso y harto crítico, había dado el apodo de el Implacable, debía de tener muy buenos informes sobre ellos. De lo contrario no se explicaba que hubiese podido liquidar a un tipo tan hábil como Simón Gruner.

Tranquilo al respecto, se aflojó el nudo de la corbata y se quitó la chaqueta, que luego arrojó sobre la cama. A continuación, abandonó el dormitorio para dirigirse a la sala, en donde tenía el licor. Sentía sed y quería echarse un buen trago.

De repente, le pareció que una fuerza irresistible clavaba sus pies al suelo. Sudores fríos le entraron en el acto, apenas vio al hombre que estaba en la sala, apuntándole con una pistola.

—¿Cómo ha entrado usted? —preguntó.

El desconocido sonrió bajo el ala del sombrero.

—Tiene miedo, ¿verdad? Le he visto mirar por todas partes, pero no se le ocurrió que podía haber alguien oculto al otro lado de la ventana —dijo.

Los ojos de Fridd fueron instintivamente hacia el lugar señalado.

—Sí —añadió el intruso—, yo estaba ahí. Hay una cornisa de treinta centímetros en el muro, suficiente para mantenerme en pie sin riesgo alguno.

—Bu... bueno... —la nuez del pistolero subió y bajó

rápida— ¿Qué..., qué es lo que quiere de mí? Si se trata de dinero...

—De usted no quiero nada, salvo una cosa: leer en los periódicos la noticia de su defunción —contestó el desconocido, a la vez que apretaba el gatillo.

Las manos de Fridd fueron instantáneamente a su pecho, traspasado por el proyectil. En su cara apareció un rictus de dolor y de pánico.

—No..., no —gimió, mientras caía de rodillas.

—Eso mismo dijeron más de uno, cuando los acribillabais a balazos —contestó el intruso fríamente.

Disparó por segunda vez. Las quejas de Fridd cesaron en el acto.

* * *

Un poco cansado de leer, Regan se disponía a acostarse, cuando, de repente, sonó el teléfono.

—Habla Regan —dijo, al acercarse el aparato a la cara.

—Ha estado con Nathalie Gillan, ¿no es cierto?

El joven se atiesó inmediatamente.

—Sí, y no tengo por qué dar explicaciones a nadie de mis actos, y menos a quien ni siquiera es lo suficientemente hombre para identificarse —contestó con acento lleno de mal humor.

—Me disgustaría mucho hacerle algún daño —dijo el otro, sin hacer caso de las protestas—. No vuelva a verla más, ¿comprende?

—Le molesta que Nat se muestre afectuosa conmigo, ¿no es cierto, Emmett Jardline?

Hubo una pausa de silencio. Regan llegó a creer que su desconocido comunicante había colgado el teléfono.

—¡Jardline! —llamó.

—No soy Jardline —repuso el otro bruscamente.

Y cortó la comunicación.

Regan se mordió el labio inferior, profundamente preocupado. Tendría que buscar el medio de hablar con Jardline, para ver de identificarlo por la voz, se dijo. Consultó la hora. Las once y media de la noche. ¿Estaría Emmett Jardline con Nathalie?

Valía la pena probar. Buscó en la guía telefónica y, marcó el número de la hermosa modelo.

Nathalie contestó al cabo de unos momentos.

—Soy Regan —dijo él—. Por favor, Nat, quiero hacerle una

pregunta. Contesté solamente sí o no. Quizá en este momento no convengan las explicaciones, pero estoy dispuesto a dárselas en el instante y el lugar que usted me indique. ¿Ha comprendido?

—No mucho, pero... Bien, ¿cuál es la pregunta?

—No se enoje, Nat, se lo suplico. Dígame, ¿está con usted en estos momentos Emmett Jardline?

—Sí.

—Gracias, eso es todo. ¡Buenas noches!

Regan volvió el teléfono a la horquilla. Parecía lógico pensar en otro individuo, violentamente enamorado de Nathalie. Pero, ¿quién podía ser?

Aquel tipo, se dijo, ¿era tan tonto como para ignorar el «romance» de Nathalie con Jardline? Y si lo sabía, ¿por qué le amenazaba a él y no a Emmett?

Eran unos enigmas que no podía dilucidar, por lo menos, en aquellos momentos. Y a pesar de que se esforzó por olvidar el asunto, no lo consiguió, lo cual le hizo mantenerse en vela buena parte de la noche.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, se encontraba en el antedespacho de Morton Jardline. El individuo tenía una visita, le informó la secretaria personal, de modo que Regan se dispuso a aguardar a que le llamasen.

Pasaron unos minutos. De pronto, se oyeron voces destempladas en el despacho de Jardline. Una silla cayó al suelo con estrépito.

Regan se puso en pie, alarmado.

La secretaria le tranquilizó:

—No se preocupe —dijo con cierta malicia—; las entrevistas entre padre e hijo terminan indefectiblemente con desperfectos en el mobiliario.

La puerta se abrió. Un hombre joven, alto y bien parecido, salió del despacho, con el rostro congestionado.

Al otro lado de la puerta se oyó una voz colérica:

—¡No te molestes en volver por casa, Emmett! ¡Desde este momento, dejo de considerarte como hijo!

El joven Jardline se volvió hacia el interior del despacho:

—Y yo he dejado de considerarte como padre desde hace mucho tiempo, porque siempre has sido un tirano —bramó.

«No es su voz», pensó Regan, refiriéndose mentalmente al

amenazador enamorado de Nathalie.

Emmett Jardline se alejó a grandes zancadas. La secretaria entró en el despacho y salió a los pocos instantes.

—Perdón, señor Regan —dijo—; el señor Jardline me encarga le diga que no se encuentra hoy demasiado bien. Por favor, ¿le importaría aplazar la entrevista para otro momento?

—No hay inconveniente —accedió el joven, sonriendo.

La chica sonrió también.

—Gracias. —y bajando la voz, añadió—: Ese botarate llevará un día a su padre a la tumba. Ahora ya comprende los motivos del aplazamiento, ¿no es así?

Regan hizo un gesto de asentimiento.

—Dígale a su jefe que me telefonee cuando se sienta en condiciones de atenderme —pidió.

—De acuerdo.

El joven abandonó el lujoso edificio donde tenía su sede la Jardline Impex. Sentíase un tanto desconcertado por aquel tiempo libre que le había caído de improviso y no sabía qué hacer.

Pero muy pronto encontró un «trabajo», que estimó resultaría mucho más agradable. Líos aparte, contemplar un rostro y una figura como los de Nathalie Gillan siempre era agradable.

* * *

—Estoy muerta de curiosidad —confesó Nathalie, apenas reconoció a su visitante.

—Pero no se siente enfadada conmigo —dijo Regan.

—Todo depende de sus explicaciones —contestó ella—. Buddy, la hora es un poco temprana para beber. ¿Le apetece una taza de café?

—Ciertamente, muy agradecido.

Nathalie se fue hacia el interior del departamento, con gran revoloteo de tules y gasas. «Encantadora, aunque carente de moral», calificó Regan mentalmente. Ella volvió minutos más tarde y sirvió el café con elegante presteza.

—¿Y bien? —dijo, cuando ya hubieron tomado ambos os sorbos de la infusión.

—Lo siento, porque es entrar en terrenos muy personales, pero no me queda otro remedio, Nat —declaró él—. Alguien me amenazó de muerte si volvía a verla.

Nathalie se sintió estupefacta al escuchar aquellas palabras.

—Increíble —dijo.

—Le aseguro que no se trata de una fantasía —manifestó Regan, muy serio—. Cuando la llamé anoche, acababa de recibir la segunda amenaza. Por eso quise comprobar si Emmett estaba aquí o no.

—Pensó que era él quien le había amenazado, ¿no es así?

—En efecto, Nat, Lo siento, pero sólo por hablar con usted un par de veces, me he visto involucrado en un asunto que no me hace ninguna gracia.

—Comprendo, aunque yo no soy culpable...

—No he pretendido culparla de lo que me ocurre —aseguró él—. Sin embargo, me creí obligado a llamarla para efectuar la comprobación que usted puede imaginar fácilmente. Si Emmett estaba con usted, el que me había amenazado era otro.

Un signo de profunda preocupación apareció en el bello semblante de Nathalie.

—¡Pero yo no sé quién pueda ser ese sujeto! —exclamó.

—Me convendría mucho saberlo —suspiró él—. De todas formas, una cosa debe quedar bien clara: no ha sido una intromisión en su vida privada, en absoluto, créame, Nat.

Ella sonrió.

—Pero piensa mal de mí, a causa de mis relaciones con Emmett —dijo.

—No soy yo juez competente para juzgar la conducta ajena —contestó Regan solemnemente.

CAPÍTULO VIII

EL espía llegó a su casa y conectó la grabadora, que funcionaba automáticamente, incluso cuando él no estaba. La grabadora estaba conectada al fonocaptor de sonidos dirigido a casa de Regan y se ponía en marcha apenas se producía una llamada telefónica o, alguien levantaba la voz por encima de determinado nivel de decibelios.

En la cinta no había nada de importancia. El espía ya conocía la conversación de Regan con la hermosa Nathalie. También conocía las relaciones de ésta con Emmett Jardline.

Con los prismáticos, oteó la casa de Regan. En aquellos momentos, el inquilino se hallaba ausente. El espía comenzó a pensar en un medio adecuado para deshacerse de uno de sus competidores amorosos.

De pronto, sonó el teléfono.

El espía levantó el aparato. Una voz conocida llegó al momento a sus tímpanos.

—Venga a verme esta noche.

—¿Hoy mismo?

—Sin falta.

—Sí, señor.

El espía dejó el teléfono en su sitio. La llamada le intrigaba, pero no le preocupaba.

Sentado en una butaca, el espía contempló durante largo rato la casa de Regan. De pronto, creyó haber hallado con una solución para sus problemas.

—Sí, es una buena idea —se dijo, mientras se ponía en pie.

Veinticuatro horas más tarde, Emmett Jardline estaba tomando una copa en un lugar céntrico de la ciudad, cuando alguien, de pronto, le interpeló a media voz:

—Tiene usted problemas, muy graves problemas, señor Jardline.

Emmett se volvió en el acto y contempló el rostro del sujeto que le había interpelado de aquel modo tan inesperado.

—Mis problemas no son suyos, amigo —dijo.

El otro soltó una risita.

—Claro, como que yo no soy hijo de Morton Jardline. Pero si lo fuese, estaría con los bolsillos sin blanca, pensando en un padre podrido de dinero y con la salud de un roble joven. ¿No piensa usted en eso, amigo Emmett?

Hubo un momento de silencio. Emmett contempló críticamente aquel rostro de lentes de gruesa montura de concha y enorme bigote. «Un disfraz», pensó. Pero no se atrevió a tirar del mostacho para comprobarlo.

—Tengo una solución para sus planes —dijo el bigotudo.

—Interesante —comentó Emmett.

—Y barata. Sólo cien mil, pagaderos al cobrar la herencia.

El local estaba prácticamente desierto en aquellos instantes. Al fondo, la *barmaid* charlaba con un cliente.

—Me está proponiendo un asesinato —dijo Emmett, después de un carraspeo para aclararse la voz.

—Sí —admitió el bigotudo sin pestañear.

—No —dijo Emmett.

—Correré con todos los gastos. No se preocupe por nada; antes de un mes, será usted el heredero.

—Pero es que yo no quiero...

El bigotudo soltó una risita de tonos siniestros.

—Lo dice de boquilla. En su fuero interno, está deseando que el techo se caiga encima de su padre —murmuró—. Pero no debe preocuparse por nada. Solamente, claro está, de pagar cien mil cuando pase a ser el dueño de la fortuna de los Jardline. Ya le buscaré entonces.

Emmett se quedó boquiabierto. Antes de que pudiera reaccionar, el bigotudo había desaparecido.

* * *

—Tengo algo que decirte —manifestó Bernley.

—Supongo que será interesante —dijo Regan.

—Hombre, según cómo lo mires...

—Lo miraré bien. Desembucha, Russ.

—Es referente a Havelor, el difunto dueño del Silver Queen. Siempre se dijo de él que había sido el que ordenó el asesinato de Lya Sanders.

—No conocí a esa mujer. ¿Quién era? y

—Su nombre auténtico era Martha Kilburn.

—¿Kilburn? ¿Como el artista?

—Sí. Eran hermanos. Ella hacía strip-tease en el local de Havelor. Pero el Silver Queen encubría otras actividades completamente reñidas con la ley. Parece ser que Lya se mostró un tanto imprudente con Havelor y éste dio la orden de ejecución.

—Comprendo. Pero no veo qué puede interesarme a mí ese asunto, Russ.

—Eres amigo de Kilburn, el artista, ¿no?

—Sí, bastante. Sin embargo, él nunca me ha dicho nada al respecto y, como comprenderás, yo no se lo voy a mencionar. Estas cosas son de las que a la gente no le gusta comentar.

—Sí, desde luego.

—¿Tienes más noticias para mí, Russ? Leí tu artículo y me pareció muy interesante, pero tengo la sensación de que hay gente en Rylen Harbour con piel de elefante.

Bernley se echó a reír.

—Piel de elefante, cara de cemento... Lo que quieras, Buddy —contestó jovialmente.

Regan meneó la cabeza al devolver el teléfono a su sitio. La actitud de F. Q. era comprensible. A nadie le gustaba comentar una desgracia de familia como la que le había sobrevenido. Ni él le diría nunca nada al respecto.

Pero el anónimo amenazador le seguía preocupando. Si pudiera conocer su identidad...

Aquella noche cenó con Dolly.

—Estás muy preocupado —advirtió ella a los pocos momentos.

—Sí —admitió Regan, sin más trámites.

—¿Asuntos privados? ¿O los conozco yo y puedo ayudarte?

—Mitad y mitad. —Regan sonrió—. De todas formas, no tengo nada que ocultarte, preciosa.

—No me halagues y suéltalo —pidió la chica.

—Se trata de Nathalie Gillan. Un hombre me amenazó con matarme si seguía viéndola.

Dolly abrió mucho los ojos.

—¡Algún loco! —exclamó.

—Seguro —convino Regan.

—Pero tú no estás enamorado de Nathalie. ¿O si lo estás?

—No, no estoy enamorado. Es una mujer muy hermosa, pero da la casualidad de que no es mi tipo. Ella me llamó simplemente para consultarme algo de tipo legal, ya te lo dije. Alguien, sin embargo, ha tomado el rábano por las hojas. En todo caso, ¿por qué no se dirige a Emmett Jardline?

—¿Qué pasa con Jardline, Buddy?

—Es su... ¿Te lo imaginas?

Dolly asintió.

—Sí —contestó—. Pero no hagas caso de esas tonterías. Algún bromista, seguro.

—Ojalá sea así. De todas formas, no ha vuelto a molestarme. Dolly, estamos a jueves. ¿Hablamos del pic-nic de pasado mañana?

Los ojos de la muchacha emitieron un vivo destello.

—Encantada —accedió.

* * *

—Tiene que hacerlo, F. Q., no le queda otro remedio.

Kilburn emitió un bufido de descontento.

—Mis planes eran muy distintos —rezongó.

—Tal vez, pero esto es más urgente. Tome, aquí tiene su nombre y su dirección.

Kilburn cogió el papel que le tendían y leyó las breves líneas allí escritas. Luego lo guardó en uno de sus bolsillos.

—Lo haré —se resignó.

—Gracias. Algún día, la ciudad se lo reconocerá, F. Q.

—Pero...

—Hay mucha podredumbre y mucha corrupción en Rylen Harbour. Tiene que limpiar la ciudad por completo de indeseables. Hágalo, por el bien de los ciudadanos conscientes.

—Sí, Mary, pero...

El interlocutor, de Kilburn era una mujer, alta, delgada, angulosa y de pecho plano, vestida desgarradamente. Pero su voz

era fría, cortante, dura como el acero mejor templado.

—No ponga objeciones, F. Q. —dijo ella—. Recuerde lo que le hicieron a Lya.

—¡No la mencione! —gritó Kilburn, descompuestamente—. Ella no...

—Lo siento, F. Q.; no quise dañarle. No volveré a mencionar el nombre de su hermana.

—Está bien. ¿Le corre prisa?

—Hágalo bien, eso es todo.

—Tardaré algunos días, Mary.

—No importa. —Ella rio suavemente—. Usted es seguro, Implacable.

Kilburn emitió un bufido.

—Me gustaría darle una buena a ese periodista entrometido —dijo.

—No se meta con la Prensa. Usted, a lo suyo.

—Sí, señora.

El artista se dirigió hacia la puerta. Cuando ya iba a salir, ella lo llamó:

—¡F. Q.!

Kilburn giró a medias.

—¿Mary?

—Antes me dijo que no le recordase a su hermana. Pero debo hacerlo. Piense en ella, piense en otras muchas como ella..., obligadas a hacer algo que no les gusta, obligadas a desempeñar los más viles papeles... Así le resultarán las cosas más fáciles, ¿comprende?

—Sí, Mary.

—Elimine a Clanton. Sus esbirros abandonarán la ciudad de inmediato.

—¿Cómo lo sabe?

—Bastarán unos cuantos telefonazos. En el momento en que los más conspicuos sepan lo que les puede pasar si no se largan, teniendo ya el ejemplo de su jefe... ¿Lo entiende ahora?

—Perfectamente, Mary.

—Gracias, F. Q. ¡Buena caza!

Kilburn salió de la casa en donde se entrevistaba con aquella mujer. De pronto, pensó que lo de Clanton no corría tanta prisa.

Antes tenía otros asuntos más importantes que resolver.

* * *

Dolly corrió y saltó por el suelo cubierto de pinochas, hasta que le faltó la respiración y se dejó caer, jadeante y sin aliento.

—Maravilloso, maravilloso —repetía una y otra vez, mientras, tumbada de espaldas, contemplaba las copas de los árboles que se elevaban a decenas de metros sobre su cabeza.

Regan la contemplaba, sonriendo.

—Te gusta, ¿eh? —dijo.

—Aquí se detiene el tiempo —contestó ella, a la vez que ponía las manos bajo la nuca—. Me parece estar en una inmensa catedral, donde la noción de la vida y de la muerte es algo que tiene un significado enteramente distinto. ¿No te parece, Buddy?

—Filosófica estás, Dolly. Pero sí, a veces, a mí también me ha parecido una catedral. Sólo faltaba un gran órgano y música de Bach.

Ella se sentó de pronto en el suelo.

—Sería una buena idea, ¿no crees? —dijo.

—Mujer, un órgano...

—Buddy, yo quería decir un tocadiscos y varios amplificadores de gran tamaño. Jamás podríamos imaginarnos un lugar mejor para un concierto, te lo aseguro.

—Bueno, lo intentaremos en la próxima excursión. ¿Qué me dices de Gershwind? —preguntó súbitamente.

—¿Todavía te preocupa mi jefe?

—En cierto modo... por ti, Dolly.

—Buddy, mi sueldo es estupendo —alegó la chica.

—Sí —suspiró él—. Y no te puedo reprochar nada a ese respecto. Pero me hubiera gustado más un empleo en otro sitio.

—Si tú quieres, empezaré a buscarlo —propuso ella.

—No me gustaría que hicieras nada contra tu voluntad. —de pronto, Regan dejó en el suelo la cesta con la merienda que aún tenía en la mano y alargó ésta hacia la muchacha—. Ven, te enseñaré algo que te gustará muchísimo.

Dolly se puso en pie. Unidos por las manos, caminaron juntos hasta llegar al pie de un gigantesco sequoia que, calculó Dolly, no medía menos de cien metros.

—«Tía Jenny» —indicó él—. Voy a ver si...

Regan buscó en el enorme tronco del árbol, hasta que encontró unas entalladuras en su corteza, separadas entre sí por espacios de un metro aproximadamente. Trepó diez o doce metros del suelo y, de pronto, lanzó un grito de alegría:

—¡Sí, todavía está aquí!

Asombrada, Dolly vio caer una escala de hilo metálico. Asido al último peldaño con una mano, Regan miró hacia abajo:

—¿Te atreves a subir?

Ella vaciló un instante.

—¿Qué hay ahí arriba? —inquirió.

—Sube y lo verás —contestó Regan.

Dolly inició la ascensión. De pronto, vio que el joven continuaba subiendo con toda facilidad.

Momentos después, tenía la explicación ante sus ojos. La escalera había permanecido oculta en un hueco tallado en el tronco de la secuoya, pero, a partir de este punto, había peldaños de metal en forma de U alargada encastrados en la corteza, que ascendían a lo largo del enorme tronco.

La chica dudó. Desde veinte metros más arriba, Regan gritó:

—¡Arriba, valiente! ¡Anímate, el esfuerzo lo merece!

Dolly sonrió y continuó la ascensión. De pronto, sintió que unas fuertes manos tiraban de uno de sus brazos. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se encontró sentada en una plataforma de madera, sujeta a dos de las primeras ramas de la secuoya.

Regan pasó un brazo por su talle.

—No temas —dijo. Y añadió—: Mira a tu alrededor y siéntete infinitamente pequeña ante una de las más perfectas obras del Sumo Hacedor.

CAPÍTULO IX

UNA leve brisa corría entre las ramas, causando un sonido casi musical. Dolly se sintió embargada por una emoción como jamás había sentido hasta entonces. El espectáculo de cientos y cientos de secuoyas que se erguían como rectas columnas de un fantástico templo, dirigiéndose verticalmente hacia el cielo, causó en el alma de la muchacha una vivísima sensación de paz y felicidad infinitas.

—Aquí se está lejos del mundo... —murmuró.

—Y de sus debilidades, traiciones y acechanzas —sonrió él.

Dolly miró un instante hacia abajo. El suelo estaba a cuarenta metros.

—Tú conocías este lugar —adivinó.

—Sí —confirmó Regan—. Era mi retiro juvenil. Aquí venía yo muchas veces a gozar del ambiente, casi siempre con un libro bajo el brazo. Construí la escalera y monté esta pequeña plataforma. Pero casi todavía no has visto lo mejor. —Tendió un brazo y señaló un punto determinado—: ¡Mira!

Ella obedeció. En aquella dirección, las secuoyas seguían una alineación perfecta, formando como una especie de calle interminable, que descendía a lo largo de la ladera del monte en el que habían crecido. Muy a lo lejos, se divisaba el mar, con el caserío de Rylen Harbour a un lado de la brecha.

—Fantástico —dijo Dolly—. Sólo te falta un largavista...

—Ya lo tenía, pero lo retiré hace años, cuando fui a la Universidad. Por otra parte, un antejo no es necesario; aquí no se viene a curiosear, sino a disfrutar del ambiente. ¿Qué puedo ver desde aquí de Rylen Harbour que no consiga ver allá abajo dentro

de un par de horas?

—Sí, tienes razón —convino ella—. Me dejarás venir aquí alguna vez, Buddy.

—Siempre que quieras —sonrió el joven.

Dolly bajó la vista un instante. De repente, señaló con la mano hacia abajo:

—Mira, Buddy.

Regan inclinó la cabeza. Al pie de la sequoia había un hombre armado con un rifle.

—¿Qué busca ese tipo? —preguntó ella, instintivamente a media voz.

—Debe de ser algún cazador —contestó Regan.

—Pero está en tus tierras...

—No las tengo valladas. Además, él dispone de un rifle. Hay tipos con muy malas pulgas. Ese sujeto podría enfadarse si le dijese que está haciendo algo prohibido. Él tiene un rifle y nosotros estamos desarmados. Dejemos que se vaya, puesto que parece que no nos ha visto.

El supuesto cazador miró un par de veces a su alrededor. Luego, casi repentinamente, dio media vuelta y se alejó ladera abajo.

Regan se quedó un tanto preocupado, porque le parecía haber visto algo familiar en el cazador. Pero, aparte de que la distancia era un tanto excesiva, el sujeto no había levantado la cabeza ni una sola vez, lo que había impedido que la pareja le viese el rostro.

Al cabo de unos minutos, iniciaron el descenso. Dolly suspiró gozosa al poner sus pies en el suelo.

—Seré prosaica, pero tengo hambre —declaró alegremente.

—Entonces, dediquémonos a la prosa de llenar el buche —contestó él, con no menor jovialidad.

El tiempo transcurrió sin que lo sintieran. A media tarde, recogieron todo y emprendieron el regreso a la ciudad.

—Ha sido uno de los días más hermosos de mi vida —confesó Dolly, cuando ya se disponían a subir al coche.

—Podrás repetirlo siempre que gustes —dijo él.

Dolly le miró intensamente.

—Acepto la proposición —contestó.

* * *

Dos mil dólares cambiaron de mano y desaparecieron en el

bolsillo de Pete Ojo Blanco, llamado así porque tenía una nube en uno de sus globos oculares.

—No tardes, Pete —dijo el hombre que le daba el dinero.

—Seré rápido —aseguró Ojo Blanco.

—Me interesa la rapidez, pero, sobre todo, la puntería.

—Descuide, nunca fallo, señor Jardline.

—Así lo espero. Suerte, Pete.

Ojo Blanco hizo un guiño a su interlocutor. El gesto se realizó precisamente con el ojo sano, por lo que, durante un instante, sólo quedó a la vista un globo ocular casi completamente blanco.

—Nunca me falla —aseguró el rufián.

El otro se marchó. Ojo Blanco metió la mano en el bolsillo de su pantalón y acarició los billetes que acababa de recibir. Una buena suma para una labor fácil..., tan fácil, que un principiante podría realizarla apenas sin esfuerzo.

* * *

Regan contempló un instante el salón de su departamento. Tenía el ceño fruncido, lo que era signo de profunda concentración.

—Esto tendrá que tomar un aspecto distinto si me caso —murmuró.

La decoración tendría que variar algo, claro que a gusto de la señora de la casa. Pero, se dijo, no estaría mal el consejo de un experto.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Nadie contestó a su llamada.

—¡Qué raro! —murmuró.

Le parecía que F. Q. tenía que estar en su casa, trabajando. A fin de salir de dudas, agarró unos prismáticos y se dirigió a una de las ventanas, desde la cual se divisaba la residencia del pintor.

Había una ventana cerrada. Otra, mucho mayor, en realidad una enorme cristalera, ocupaba buena parte de la fachada, de modo que el estudio gozaba así de una amplia iluminación en las horas diurnas.

Regan divisó parte de un caballete, con una tela colocada, pero no había el menor rastro del artista. Dejó los prismáticos a un lado y se encogió de hombros.

—Bueno, a fin de cuentas, tampoco corre mucha prisa —se consoló—. Antes de que nos casemos, pasará tiempo..., suponiendo

que ella quiera, porque ni siquiera se lo he propuesto todavía...

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Era el periodista.

—¡Russ, qué sorpresa! —exclamó Regan—. Entra y tomaremos una copa juntos.

—Gracias —sonrió Bernley—. En realidad, debíamos haber hablado por teléfono, pero te llamé y no contestabas...

—He estado de excursión casi todo el día —explicó Regan, mientras destapaba la botella—. ¿Sucedó algo? —inquirió.

—Sí. Fridd ha muerto. Dos balazos.

—¿Quién era ese Fridd?

—El compinche de Simón Gruner. Los asesinos de Hayles ya han pasado a mejor vida..., aunque en su caso, decir una cosa así es burlarse de su porvenir en el infierno.

—Seguro que ha sido el Implacable, Russ —adivinó Regan.

—En efecto. Pero, ¿qué es lo que se propone ese loco? —barbotó el periodista—. ¿Es que no hay manera de cortar su loca carrera de crímenes?

—¿No se merecían la muerte todos los tipos ejecutados?

—Mira, Buddy, las cosas deben hacerse con arreglo a la legalidad. No digo que ninguno de los muertos por el Implacable fuese ni siquiera decente, pero eso de convertirse en ejecutor de una justicia que uno mismo impone y dicta... Tú me comprendes, ¿no?

Regan asintió.

—Perfectamente, pero, ¿qué puedo hacer yo? —contestó.

—Hombre, pensé que el caso te interesaba —exclamó Bernley.

—Sí, me interesa, aunque no veo qué solución puedo aportar yo.

—Eres sociólogo. Estás acostumbrado a penetrar en la psicología de la gente. Piensa algo, quizá encuentres la solución.

Regan meditó unos instantes.

—Tal vez podría ser la venganza de alguien que se ha sentido ultrajado en su amor propio o herido en el daño sufrido por un pariente cercano —dijo al cabo.

—Exactamente, eso tiene que ser —gritó Bernley—. Ahora sólo falta averiguar la identidad del Implacable.

—Cosa muy fácil —sonrió Regan—. Se consulta la bola de cristal y...

—Resultaría más práctico conocer la lista de víctimas de los

forajidos —opinó el periodista.

Regan chasqueó los dedos.

—Precisamente iba a proponerte algo semejante —exclamó—. ¿Podrías tú proporcionarme una lista? En los diarios archivados encontrarás todos los nombres de las personas muertas sospechosamente. Quizá, de este modo, podamos hacer deducciones que nos lleven a una conclusión práctica.

Bernley se puso en pie.

—Me pondré al trabajo inmediatamente —dijo.

* * *

Lars Clanton recogió el libro de cuentas y lo guardó en la caja fuerte que había incrustada en la pared de su despacho. Cerró la tapa, dio la vuelta al cuadro que ocultaba la caja fuerte y se volvió hacia la mesa, sobre la cual había un llavero, con algunas llaves, entre ellas las de su vehículo.

Acto seguido, se dispuso a salir. Abrió la puerta y vio un cuerpo tendido en el suelo, atravesado delante del umbral.

—¡Qué diablos...!

Clanton no tuvo tiempo de seguir hablando. Un hombre surgió de la penumbra del corredor y puso una pistola en su estómago.

—Atrás —dijo.

Clanton retrocedió, con las manos en alto.

—¿Puedo saber qué es lo que quiere? —preguntó—. Si se trata de dinero...

—No quiero su puerco dinero —contestó Kilburn fríamente.

La frente de Clanton se cubrió de un frío sudor. Durante los días precedentes, había podido leer en los periódicos numerosos artículos relativos al hombre a quien se había dado en llamar el Implacable. En buena parte, había achacado las noticias a periodistas ávidos de notoriedad, pero ahora un cierto instinto le decía que tenía al Implacable ante sí.

—Ladrón, chantajista, jefe de una banda de forajidos y matones —dijo Kilburn—. Por todos esos crímenes, se ha dictado sentencia de muerte contra usted.

—¡Espere! —chilló Clanton, horrorizado—. ¡No...!

El sordo taponazo del primer disparo cortó su voz. Las manos del hombre se crisparon sobre su pecho.

—No —repitió, con un gemido en el que cabía todo el horror de

su situación.

Mientras caía, oyó una risita que le pareció proferida por el propio Satanás:

—El que me puso el apodo de Implacable acertó de lleno —dijo Kilburn, un segundo antes de apretar el gatillo nuevamente.

CAPÍTULO X

LLAMARON a la puerta. Regan abrió y se quedó estupefacto al reconocer a su hermosa visitante.

—¿Usted? —dijo.

Nathalie sonrió cálidamente.

—Apuesto algo a que no me esperaba —murmuró.

—¿Esperarla? —Regan se echó a reír—. Tendrá que perdonar lo que quizá considere descortesía, pero que no es más que absoluta franqueza. En estos momentos, ni siquiera pensaba en usted.

—Tal vez pensaba en otra mujer —dijo Nathalie.

—No. Pensaba en... bueno, en mi trabajo. ¿Qué quiere tomar, Nat?

—Una bebida suave, gracias.

—Jerez es lo más indicado, en tal caso. Siéntese, por favor.

Nathalie lo hizo con un fascinante despliegue de sus bellas extremidades inferiores. Un suave perfume inundó el salón casi en el acto. Sonrió de nuevo al alargar la mano hacia la copa que le tendía el dueño de la casa.

—Estoy segura de que no se imagina siquiera el motivo de mi visita —dijo, después de tomar un sorbo de vino.

—No —admitió él—. ¿Cuál es ese motivo?

—Ninguno, en realidad. Y como yo también he de serle franca, le diré que me aburría y se me ocurrió pasar unos minutos de charla con usted. A menos que sus ocupaciones...

—Mis ocupaciones se centran en estos momentos en hacerle la estancia grata —aseguró Regan.

—Sobre todo, en un lugar tan acertadamente decorado.

—Tengo un amigo artista. También lo es suyo, Nat.

—¿F. Q.?

—Sí. El trazó los bocetos de la decoración. Es algo que se le da bastante bien.

—F. Q. es un tipo muy atractivo —sonrió Nathalie.

—¿Lo considera atractivo?

Ella se echó a reír.

—Me refiero en el aspecto humano y artístico. Físicamente, el pobre... Bueno, no quiero ofenderle, pero no es un Apolo ciertamente.

—No hay que mirar solamente a la envoltura carnal de una persona, aunque bien es cierto que, en ocasiones, esa envoltura resulta sumamente atractiva.

Nathalie le miró incitantemente.

—¿Cómo calificaría usted a mi... envoltura? —preguntó.

—Superlativamente. O, mejor dicho, no hay calificativos para lo que es... ejemplar único.

—Muy ingenioso —dijo ella. De pronto, reparó en un periódico que yacía abierto de par en par sobre una mesita cercana—. ¿Le preocupan los crímenes? —preguntó.

—Moderadamente. Soy sociólogo, no lo olvide.

—Como sociólogo, desaprueba las acciones del Implacable. Como hombre de la calle, está íntimamente de acuerdo con él.

—No —contradijo Regan rotundamente—. Estoy en contra de todos los rufianes y pandilleros y gentes de mal vivir que inundan Rylen Harbour; pero ello no significa que apruebe lo que no es sino tomarse la justicia por su mano.

—Cierto, pero cuando las autoridades muestran lenidad...

—Entonces, es preciso acuciarlas para que cumplan con su deber. Y si aun así no se consigue, es preciso esperar a que haya nuevas elecciones para deponer a los hombres veniales.

—Mucho fía usted de la ley, Buddy.

—Lo es todo, Nat.

Hubo un momento de silencio. Los dos se miraban fijamente. De pronto, Nathalie se puso en pie y se acercó al joven.

—Me agrada su modo de pensar —dijo.

Y le besó en una mejilla.

Pero Regan permaneció inmóvil.

—¿No reacciona usted? —preguntó ella, con una sonrisa.

Regan estudió a la hermosa mujer unos instantes. Presentía una especie de encerrona en su actitud, en aquella visita tan injustificable, aunque ella quisiera explicarla con unos motivos tan poco sólidos como los de su aburrimiento. En la sonrisa de Nathalie había un inequívoco ofrecimiento, pero Regan no cayó en la trampa.

—Soy monógamo —dijo al cabo.

—¡Pero no está casado! —exclamó Nathalie.

De pronto, creyó comprender.

—Lo dice porque pertenezco a otro hombre —añadió.

—Sí —confirmó él. Era la mejor manera de salirse del compromiso.

Nathalie se puso seria.

—Lo lamento —dijo—. La vida no se porta igual con todos nosotros.

—Solamente es preciso tener fuerza de voluntad para imponerse a ciertas situaciones. Pero actuando siempre de un modo legal.

—Emmett no querría casarse conmigo ni aunque yo tuviese una fortuna doble de la que él posee —contestó Nathalie.

—¿Lo ha intentado siquiera?

Ella se mordió los labios.

—Adiós, Buddy —dijo de pronto.

Regan se quedó muy pensativo. Pese a las manifestaciones de Nathalie, encontraba la visita completamente inexplicable. Sí, había algún motivo oculto en la actuación de aquella mujer, pero, por más que se esforzó, no consiguió hallar una respuesta medianamente aceptable para sus dudas.

* * *

El hombre tomaba ya puntería, cuando, de repente, sintió en su nuca el helado contacto de un cañón de arma de fuego.

—Suelta la pistola o te envío al infierno, Pete.

Ojo Blanco se estremeció. Conocía demasiado bien aquella voz, para no saber que, si no obedecía, el capitán Richardson cumpliría su promesa en el acto.

La pistola cayó al suelo. Ojo Blanco maldecía furiosamente en su interior. ¿Cómo diablos se había enterado la policía de que pensaba matar a Morton Jardline?

—Alguien te pagó —dijo el capitán Richardson en su oficina, media hora más tarde—. Habla y puede que la cosa te salga más barata.

Ojo Blanco se humedeció los labios. Le habían encontrado mil novecientos dólares en los bolsillos —cien se había gastado ya en diversas compras—, de modo que no era posible negar la evidencia. Y si se encerraba en un mutismo como medio de salvación, vendrían las largas horas de interrogatorios implacables, bajo la luz de los focos...

—Ha sido el propio hijo de Jardline —masculló, irritado.

—¿Emmett Jardline? —Richardson arqueó las cejas.

—Sí. —Ojo Blanco lanzó una cínica risita—. Y si yo fuese el hijo de ese tipo podrido de pasta, también estaría deseando que reventase para heredarlo.

Aquella misma noche, el capitán Richardson se entrevistó con Morton Jardline. Richardson tenía fama de brusco y poco diplomático y lo demostró cumplidamente al soltar la noticia al financiero.

La cara de Jardline tomó todos los colores del arco iris. Escuchó al policía, pese a todo, sin pestañear, y sólo cuando Richardson terminó de hablar, dio su respuesta:

—Gracias, capitán. Usted puede encargarse del asunto legal; respecto al conflicto con mi hijo, déjelo de mi mano.

—Sea prudente, señor —se atrevió Richardson a dar un consejo.

—Sí —respondió Jardline escuetamente.

El anciano quedó solo en su despacho, al que había acudido cuando su mayordomo le despertó para anunciarle la visita del policía. Durante largo rato, Jardline permaneció sentado, con los ojos cerrados, íntimamente dolido por lo que consideraba una villana traición de una persona que llevaba su nombre y su sangre.

Pero era un hombre enérgico y acabó por reponerse. Sentado en el mismo sitio, aguardó hasta que oyó el ruido de la puerta de la mansión al abrirse.

Emmett entraba de puntillas, sin hacer ruido. Su asombro fue enorme al oír la voz de su padre desde el despacho:

—¡Ven aquí!

Emmett maldijo entre dientes, pero obedeció. Entró en el despacho y avanzó unos pasos. Casi enseguida vio el revólver que

brillaba sobre la mesa.

—Ahí lo tienes —dijo el anciano—. Ya que de veras deseas mi muerte, úsalo. Aprieta el gatillo tú mismo; haz personalmente lo que encargaste a otro que hiciera por dinero. ¡Vamos! ¿A qué esperas?

* * *

Dolly West entró en el despacho de Paul Gershwird con un puñado de papeles en la mano. Su sorpresa fue grande al encontrar vacía la estancia.

Tenía la seguridad de que su jefe debía hallarse en su puesto de trabajo y le sorprendió enormemente su ausencia. Pero de pronto recordó el lavabo contiguo y decidió esperar.

Había algunos documentos sobre la mesa. Dolly vio media cuartilla de papel, con algunos nombres escritos a mano. Uno de ellos llamó su atención especialmente.

—¿Por qué lo habrá escrito? —se preguntó, perpleja.

El nombre de Regan, junto a otros que habían sonado en los periódicos últimamente, la dejó muy desconcertada. También leyó los nombres de Peter Harris y Harry Peters, lo que le pareció una especie de divertida contradicción.

Se preguntó quiénes podrían ser aquellos dos tipos que usaban el nombre y el apellido de forma contrapuesta. Pero casi en el acto, oyó la puerta del lavabo y se separó de la mesa.

—Ah, señorita West —dijo Gershwird, sonriendo—. Sin duda la he hecho aguardar.

—No tiene importancia —contestó ella—. Le traigo los documentos referentes a la Millmaith Corporation. He repasado el estado de cuentas y resulta correcto.

—Gracias, déjelo ahí. Luego lo estudiaré.

—Muy bien, señor.

Dolly abandonó el despacho. Al cabo de un rato, llamó a Regan.

—Buddy, esta noche quiero cenar contigo —manifestó.

Regan se mostró sorprendido en un principio, pero acabó por aceptar. Así, a las siete y media, mientras tomaba el aperitivo con Dolly, en espera de que les sirviesen la cena, se enteró de lo que la chica había visto sobre la mesa de Gershwird.

—De modo que leíste mi nombre...

—Sí, y eso fue lo que más me chocó de todo. Estaban también

los nombres de algunos de los tipos muertos por el Implacable..., el tuyo figuraba en cabeza de la relación, por supuesto. Al final, Gershwird había escrito otros dos nombres: Harry Peters y Peter Harris. ¿Los conoces tú?

—No tengo la menor idea de quiénes puedan ser esos dos tipos, a no ser que se trate de posibles víctimas del Implacable —contestó Regan, muy serio.

—Buddy, esto cada vez me gusta menos. Estoy segura de que Gershwird trama algo contra ti —dijo Dolly angustiadamente.

—Pero no puede ser, no le conozco, nunca le he tratado personalmente —exclamó el joven.

—Presiento algo —insistió ella—. Ten mucho cuidado, por el amor de Dios.

Regan se pellizcó el labio inferior.

—Hablaré con mi amigo el periodista. Tal vez Russ Bernley pueda obtener alguna deducción sobre este asunto —dijo.

A Dolly se le habían quitado las ganas de cenar. Sólo con la insistencia de Regan consiguió hacer que algunos bocados pasaran por su garganta contraída por la ansiedad y el temor.

—Me llamarás apenas sepas algo —dijo al despedirse.

—Sí, pero he de pedirte que te comportes con absoluta normalidad, como si no hubieras visto nada. No quiero que cometas una imprudencia que luego hayamos de lamentar los dos. Los dos —repitió él—. ¿Entendido?

Dolly hizo un esfuerzo y sonrió.

—Sí, te entiendo perfectamente —contestó.

Una hora más tarde, Bernley dio una respuesta negativa a la pregunta de su amigo el sociólogo.

—No conozco a esos dos tipos, pero lo averiguaré —prometió—. Creo que el capitán Richardson podrá ayudarme; es de los pocos hombres decentes que hay en la ciudad.

—De acuerdo. Avísame en cuanto sepas algo.

En aquellos momentos, el capitán Richardson estaba haciendo una diligencia propia de su cargo. A Richardson le importaba muy poco que Morton Jardline hubiese muerto aquella misma madrugada, de un ataque cardíaco.

El hijo del muerto estaba frente por frente de un sujeto detenido en la Jefatura de Policía.

—Míralo bien, Pete —dijo Richardson—. ¿Es éste el hombre que te dio dos mil dólares por asesinar a su padre?

Ojo Blanco contempló especulativamente al joven que tenía a un par de pasos de distancia. Luego, moviendo lentamente la cabeza, dijo:

—No, señor; éste no es Emmett Jardline.

CAPÍTULO XI

SONÓ el teléfono. Regan, abstraído en la lectura de un libro, dio un salto en el asiento.

Luego agarró el aparato y pronunció su nombre.

—Soy Russ. Ya sé quiénes son Harris y Peters —manifestó el periodista.

—¿Has hablado con Richardson?

—Sí, anoche mismo. Por cierto, el hijo de Jardline estaba en la jefatura. Ya sabes que su padre falleció ayer, a causa de un ataque cardíaco. Parece que padre e hijo discutieron con violencia...

—Era norma en ellos —contestó Regan—. La discusión debió de ser demasiado fuerte, ¿no?

—Así parece, pero lo más pintoresco del caso es que el viejo creía que su hijo había contratado a un asesino profesional para anticipar la fecha del cobro de la herencia. Richardson se llevó a Emmett a Jefatura y lo puso delante del asesino capturado antes de que pudiera conseguir sus propósitos. Resulta, y esto es lo curioso, que el preso negó que Emmett fuese el que lo había contratado.

—Bueno, y eso, ¿qué tiene que ver...?

—Aguarda, hombre. Según parece, el asesino fue contratado por un tipo que se hizo pasar por el hijo de Jardline. Richardson está desconcertado, ya que no comprende quién puede tener interés en comprometer a Emmett.

—A mí me pasa lo mismo, Russ. Lo malo de todo esto es que he perdido un buen contrato. En fin, son cosas de la vida.

—Sí, son cosas que pasan —convino el periodista—. Respecto de Harris y Peters te diré que son dos pistoleros profesionales, de lo

mejorcito en su género. Richardson me ha dicho que hace mucho tiempo que faltan de la ciudad, aunque no descarta que puedan volver a Rylen Harbour. En todo caso, estará al tanto, aseguró.

Un vivo destello de luz dio en los ojos de Regan, quien volvió la cabeza un instante, molesto. Pero siguió la conversación con el periodista.

—Esos dos tipos, seguro, vienen a ocupar los puestos que dejaron vacantes Mustie y El Sapo, me parece —dijo.

—Yo también opino lo mismo, aunque no sé para qué diablos quiere Gershwird a dos pistoleros en su nómina.

—Valdría la pena investigarlo, ¿no crees?

—Sí, pero, ¿cómo?

—Quizá haga yo algo al respecto. Si consigo una información, te avisaré.

—De acuerdo.

El destello de luz se repitió. Regan había puesto el teléfono en la horquilla y lo levantó de nuevo para marcar un número.

A los pocos segundos, oyó una voz:

—Kilburn.

—F. Q., soy Regan. Oye, ¿no podrías dejar de hacer tonterías con ese condenado espejito? Todo el rato me estás dando con sus destellos en los ojos...

Kilburn se echó a reír.

—Perdona, Buddy, pero es que estaba arreglando unas cosas en mi estudio. Hay algunos elementos metálicos y eso es lo que, sin duda, provocó los destellos.

—Bueno, no estoy enfadado, no te vayas a creer. Adiós, F. Q.

—A ver si vienes a verme un momento, hombre: hace un montón de tiempo que no tomamos una copa juntos.

—Cuando empieces a pintar el retrato de Nathalie. Será interesante presenciar una sesión, ¿no crees? —dijo Regan, riendo amistosamente.

Colgó el teléfono y volvió a la lectura. A trescientos metros de distancia, Kilburn maldijo entre dientes su imprudencia y se prometió portarse más discretamente a partir de aquel momento.

* * *

—Bien, nuestras preocupaciones financieras ya se han terminado —dijo Emmett Jardline.

Nathalie le miró a través de sus párpados entreabiertos.

—¿Tú crees? —dijo, escéptica.

Con el meñique sacudió la ceniza de su cigarrillo. Emmett estaba sirviéndose una generosa dosis de whisky.

—Seguro, nena. Es duro tener que hablar así, pero mi padre ha muerto. Y lo peor de todo es que alguien quiso cargarme con un crimen que, si pasó alguna vez por mi imaginación, nunca se me ocurrió ejecutar realmente.

—Sí, ya me lo han contado —dijo Nathalie—. Pero vayamos a lo positivo, Emmett.

—¿Qué quieres decir, nena?

—Lo positivo significa: ¿cuánto vas a darme?

—¿Cuánto pedirías, hermosa?

—Tienes dos caminos para elegir: uno es casarte conmigo y hacer testamento inmediatamente. El otro es darme dos millones de dólares.

Emmett saltó en su asiento.

—¡Dos millones! —barbotó.

—O la boda, lo que más prefieras.

—Podrías quedarte si nada —rezongó el hombre.

—Es cierto, pero tú también te quedarías sin mí.

Sobrevino una pausa de silencio.

—No me dejas ninguna opción —se quejó Emmett.

—No —corroboró Nathalie fríamente.

—Podríamos ensayar... una tercera vía.

—Olvidalo. Ahora eres dueño de una inmensa fortuna. Demuestra tu generosidad o lárgate.

—Eres cruda hablando, Nat.

—Tenía ganas de que llegase el momento —respondió ella, sin abandonar su tono glacial—. Durante mucho tiempo he estado a tu lado, poco menos que sin pedirte nada. Me gustas mucho, por supuesto, pero ya es hora de acabar con esta equívoca situación. O compensarla adecuadamente.

—Dos millones —repitió él.

—La vigésima parte de tu fortuna. En cuarenta millones o más, no se notará un pellizco de dos. Pero puedes ahorrarte ese dinero casándote conmigo.

Estaban juntos en el diván. De repente, Emmett la abrazó

apasionadamente.

—Nos casaremos, pero no hoy —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó Nathalie, impasible.

—Espera algunas semanas, mujer; mi padre ha muerto hace menos de tres días...

—Yo no te pido una boda suntuosa. El lujo vendrá después. Para la boda se necesitan solamente cinco personas: un juez de paz, los contrayentes y dos testigos. Y todo el mundo encontrará perfectamente justificado que, dadas las circunstancias, hayamos efectuado una boda íntima.

—Está bien, de acuerdo. Mañana sacaré las dos licencias. A mediodía, nos casaremos. ¿Te parece bien?

—Espléndido —aprobó ella. Y ahora ya, segura de su porvenir, no negó sus labios a la caricia masculina.

Más tarde, Nathalie recibió una llamada telefónica.

—Lo siento tantísimo —dijo a su interlocutor—. Nuestra sociedad puede darse por rota. Mañana me caso con Emmett Jardline.

* * *

Iba a entrar en el despacho, cuando oyó voces destempladas. Dolly vaciló al darse cuenta de la cólera que dominaba a Gershwird.

—No me vengas con excusas, Harry —gritaba al individuo—. Os quiero a los dos aquí cuanto antes, hoy mismo, si puede ser, ¿entendido?

Dolly meditó rápidamente y llegó muy pronto a una conclusión. Cuando entró en el despacho, vio que la cara de Gershwird estaba todavía roja por una ira que tardaba en disiparse.

—La minuta de la Williams Amalgamated —dijo—. Creo que encontrará todo en orden...

—Está bien, deje ahí esos papeles —atajó Gershwird con brusquedad.

—Sí, señor.

Dolly abandonó el despacho, sintiéndose sumamente aprensiva. Más tarde, llamó a Regan y le citó para la hora del almuerzo.

—Almuerzo y no cena, ¿eh? —dijo el joven, un tanto sorprendido por la llamada.

—Sí, almuerzo —confirmó ella.

—Muy bien, seré puntual.

Regan había comprendido que sucedía algo de cierta gravedad. A las doce se encontró con la chica en una cafetería cercana al edificio en que ella trabajaba.

—Gershwind quiere que los dos pistoleros vengán a Rylen Harbour cuanto antes —dijo Dolly, apenas se encontró junto a Regan.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Le he oído hablar por teléfono. Estaba descompuesto por completo, muy furioso... Créeme, nunca le había visto así.

—¿No tienes idea de los motivos de su furia?

—En absoluto. Pero eso me da muy mala espina, Buddy.

—Ciertamente, Gershwind no es el tipo que todo el mundo piensa que era —murmuró Regan pensativamente—. De todas formas, él no sospecha de ti en absoluto. Sigue comportándote con entera naturalidad. Yo hablaré con mi amigo el periodista. Tiene mucha confianza con el capitán Richardson y éste es un tipo decente.

—Esto no me gusta, Buddy, no me gusta en absoluto. Me están entrando ganas de despedirme...

—¡No! —prohibió él, tajante—. Repito que Gershwind no sospecha de ti en absoluto. Si ahora te despidieras, podría recelar algo y conviene que todo siga como está. Déjalo de mi cuenta, te lo suplico.

—Muy bien, si tú lo dices, seguiré adelante.

—Los problemas de Gershwind no tienen relación alguna contigo. Simplemente, el Implacable liquidó a sus dos ejecutores y ahora trae a otros dos para que hagan sus faenas sucias. Lo peor de todo —añadió Regan pensativamente—, es que no sabemos hacia quién van a ir dirigidos los tiros de esos dos esbirros. Y ésta no es una frase metafórica, sino absolutamente real —concluyó con acento de pesimismo.

Aquella misma tarde, Regan se entrevistó con Bernley, a quien contó lo que sabía. El periodista pasó la información en el acto al capitán Richardson, quien le prometió montar una estrecha vigilancia, a fin de conocer el momento exacto en que los dos pistoleros llegasen a la ciudad.

Luego, Regan y Bernley continuaron la conversación.

—He descubierto algo muy interesante —manifestó el periodista

—. Estoy seguro de que también a ti te interesará, Buddy.

En aquellos instantes, Regan tenía en la mano un papel, en el que su amigo había escrito una relación de nombres. Uno de ellos llamó especialmente su atención.

—Oye, esta Lya Sanders...

—De eso te quería hablar, precisamente —dijo Bernley—. Era un pseudónimo.

—Porque actuaba como artista frívola, ¿no es así?

—Efectivamente. Tú eres muy amigo de su hermano, ¿verdad?

Regan se acarició la barbilla con la mano.

—F. Q. no me dijo nunca nada al respecto —murmuró.

—A veces hay cosas que no se pueden decir ni siquiera a los amigos más íntimos —expresó el periodista.

—Sí, tienes razón..., pero aquí me estoy fijando en otra cosa, Russ.

—Dime, Buddy.

—Verás, Gershwird, aparentemente, tiene un negocio honrado. Y muy próspero, además.

—Sí, cierto, es una de las empresas más florecientes de Rylen Harbour.

—En esta ciudad, hay empresas más florecientes y productivas todavía, Russ —aseguró Regan, muy serio.

—¿Por ejemplo...?

—El hampa.

Bernley tomó el papel y lo releyó atentamente.

—Es cierto —convino a media voz—. Los cabecillas más importantes han desaparecido. Muchos rufianes y pistoleros, temerosos de ese tipo que se toma la justicia por su mano, han abandonado la ciudad. Precisamente hoy mismo ha llegado la noticia a mis oídos: después de la muerte de Lars Clanton, todos sus esbirros más conspicuos han salido de estampía.

—Ergo, Gershwird es el Implacable.

—Para quedarse solo con el «negocio».

—Imagínate. Rylen Harbour, limpia de hampones y maleantes... y en manos de un hombre solo, de, hasta ahora, intachable conducta moral, profesional y ciudadana. ¿Cuánto ganaría ese hombre, Russ?

Bernley se estremeció.

—No quiero ni pensarlo —dijo—. Pero, a pesar de todo, hay algo que me tiene perplejo todavía.

—Dime, Russ.

—Estoy seguro de que Gershwird, pese a todo, no es amigo de actuar por su cuenta. El Implacable, aunque trabaje para él, es otro. No sé quién, pero no es Gershwird.

—Puede que tengas razón —admitió Regan—. Pero si se logran pruebas contra Gershwird, acabaremos conociendo la identidad del Implacable.

—De eso estoy seguro. Ah, lo había olvidado, Buddy; tengo que darte la noticia bomba del día —exclamó Bernley.

—¿Explosiva?

—Juzga tú mismo. Este mediodía, sin ruido ni estridencias, y sin invitar a nadie, se han casado Emmett Jardline y Nathalie Gillan.

CAPÍTULO XII

PROFUNDAMENTE conturbado, no por la noticia en sí, sino más bien porque sabía que el tema no gustaría a su amigo el pintor, Regan llamó al timbre y esperó durante unos momentos.

Kilburn no contestaba. Regan volvió a llamar. Le parecía extraña la ausencia de su amigo.

Un tanto preocupado, asió el pomo de la puerta y lo hizo girar. Entonces comprobó que Kilburn no había cerrado con llave, sino, simplemente, al golpe, como si hubiera salido de casa con mucha precipitación.

Regan entró. F. Q., pensó, no se quejaría de que lo esperase en su estudio.

Atardecía ya. Desde el amplio ventanal del estudio, contempló su propia casa, situada en la ladera de la colina en que se habían edificado la mayor parte de las viviendas del barrio residencial. La casa de F. Q. estaba a unos cincuenta metros más alta que la suya y a trescientos escasos de distancia.

—Con unos buenos prismáticos... —murmuró.

En el estudio había algunas telas, varias de ellas a medio acabar. Del futuro retrato de Nathalie no había siquiera un esbozo.

De repente, sonó el timbre del teléfono.

Regan se creyó en la obligación de contestar a la llamada. Así informaría más tarde a su amigo. Pero, con gran asombro por su parte, no oyó ninguna voz.

El timbre seguía sonando. Perplejo, Regan se dio cuenta de que el sonido procedía de otro lugar.

Cerca de él había una puerta. La abrió, pero no pudo ver ningún

teléfono.

En cambio, sí divisó otros artefactos, que llamaron extraordinariamente su atención.

Intrigado, dio unos cuantos pasos y contempló los aparatos detenidamente. Había un artefacto que parecía un altavoz gigante, conectado por una serie de cables a varias cajas de color oscuro, con distintos mandos de control. También había un par de prismáticos de gran potencia, situados sobre un trípode, a la manera de unos anteojos de campaña.

Miró a través de los prismáticos. Su propio salón apareció ante sus ojos con todo detalle, como si lo tuviese a una docena de metros de distancia.

—¿Por qué diablos me espía ese tonto? —masculló disgustadamente, a la vez que se daba cuenta de que los reflejos que tanto le habían molestado en una ocasión procedían de los objetivos de aquellos binoculares, no protegidos por unos adecuados parasoles.

Uno de los aparatos conectados al altavoz gigante era una grabadora. Regan la puso en funcionamiento.

—Increíble —dijo, momentos después, al escuchar la conversación sostenida últimamente con el periodista, recogida hasta en los menores detalles.

Entonces adivinó la utilidad del supuesto altavoz.

—Un aparato de escucha ultrasensible —murmuró.

Sentíase lleno de desconcierto. ¿Por qué le espiaba su amigo?

Estuvo unos momentos parado, en silencio. Al cabo de un rato, volvió a mirar a través de los binoculares.

La luz del salón se había encendido. Una figura femenina apareció en su campo visual.

—Vaya, Dolly ha venido a visitarme —murmuró.

Y, de repente, se le ocurrió una idea.

Corrió al teléfono y marcó su propio número. La chica contestó instantes más tarde.

—Lo siento, el señor Regan ha salido —dijo.

—Regan soy yo, nena —exclamó él—. Escucha, quiero que hagas una cosa...

—¡Buddy! ¿Dónde estás? ¿Cómo sabes que estoy en tu casa?

—Dolly, no hagas preguntas. Anota este número: EY-4017,

rápido.

Ella obedeció en el acto.

—Ya está, Buddy —dijo instantes más tarde.

—Bien, cuelga de nuevo y llama al número que te he indicado dentro de un minuto exactamente.

—De acuerdo —accedió ella, sin comprender muy bien los motivos de la petición de Regan.

El joven puso la grabadora en marcha. Luego volvió al teléfono y esperó la llamada de Dolly.

—¿A que has venido a casa, Dolly? —preguntó, a poco.

—Oh, te he llamado varias veces y no contestabas... El conserje me abrió, porque temía que te hubiese ocurrido algo malo...

—No ha sido así, por fortuna. ¿Te pasa algo a ti?

—En cierto modo. He visto a los pistoleros, Harris y Peters.

Regan contuvo el aliento.

—Sigue, nena —indicó.

—Tuve que quedarme un par de horas más, para acabar un trabajo importante... Tú me dijiste que actuase con toda normalidad...

—Y es cierto, debes continuar así por el momento. Bien, ¿qué más, Dolly?

—Casi parecen gemelos. Son unos tipos tétricos, fúnebres... Me dieron la impresión de que eran sepultureros...

—Por lo menos, son de los que dan trabajo al sepulturero —dijo Regan sarcásticamente—. ¿Te vieron ellos a ti?

—Sí, porque estábamos solos Gershwird y yo y tuve que abrirles la puerta. Gershwird se sorprendió muchísimo, ya que pensaba que me había marchado. Procuró dominarse, pero creo que le enfureció bastante ver que yo seguía todavía en mi despacho.

—¿Comentaron algo los pistoleros?

—No, no dijeron nada. Gershwird ni siquiera me los presentó. Y yo agarré mi bolso y me marché en el acto. Tenía un miedo horroroso, créeme, Buddy.

—Comprendo —sonrió él—. Bueno, ya está hecha la prueba —añadió.

—¿Qué prueba? —preguntó Dolly, intrigada.

—Continúa donde estás y no te muevas, hasta que yo vaya. Si tienes apetito, en la nevera encontrarás comida.

—¡Oh, Buddy, qué cosas tienes! Lo que menos pienso yo en estos momentos es en la comida.

—Oye, no me gustarías hecha un fideo —dijo él, jovialmente—, ¿Comprendes, preciosa?

Regan volvió el teléfono a su sitio. Acto seguido, se dirigió a la habitación de escucha y puso en funcionamiento la grabadora, para reproducir la conversación que acababa de sostener con la chica. Después de convencerse de que era una reproducción perfecta, borró aquel trozo, dejando la cinta en condiciones de grabar nuevamente.

Se preguntó por qué le espiaba Kilburn. Debía saberlo, estaba en condiciones de exigir una explicación.

Buscó por la casa. No tardó en encontrar un rifle de largo alcance.

El arma le pareció conocida.

—Claro es que, si es la misma, la vi desde cuarenta metros de altura —murmuró, recordando al cazador avistado desde lo alto de la sequoia.

Pero si el rifle pertenecía a aquel cazador, resultaba obvio que era Kilburn. Y quizá no había ido a buscar algún venado por las montañas.

—Una presa bípeda —resumió así sus poco consoladoras reflexiones.

Sentóse a esperar. Una hora más tarde, sintiéndose frustrado porque Kilburn no acababa de llegar, emprendió el regreso a su propia casa.

* * *

Dolly le acogió con muestras de viva ansiedad.

—Temía que te hubiese ocurrido algo —dijo.

—En cierto modo, eso es lo malo. F. Q. no ha venido, aunque veré la luz de su estudio desde aquí y le llamaré por teléfono.

Dolly se acercó a la ventana.

—Te vi con los prismáticos —dijo—. Apostaría a que él también tiene unos.

—Sí. Y algo más.

Regan contó a la muchacha los descubrimientos que había hecho. Al terminar, Dolly se sintió pasmada.

—Pero, ¿por qué tenía que vigilarte y grabar tus

conversaciones? —exclamó, muy intrigada—. Tú no le has hecho ningún daño...

—Desde luego, pero es probable que él no lo crea así.

—No lo entiendo, Buddy.

—Es muy sencillo. F. Q. cree que Nathalie se ha enamorado de mí.

Dolly silbó.

—Eso podría aclarar muchas cosas —dijo—. Pero Nathalie se ha casado hoy con Emmett Jardline.

Regan saltó en su asiento.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendido de que ella conociera la noticia.

—Escuché la radio del taxi que me trajo hasta tu casa. Dieron la noticia en el informativo de las siete de la tarde.

—Entiendo. —los ojos de Regan se dilataron de repente—. Dolly, ¿crees que él lo sabrá también?

—¿Él? ¿Te refieres a Kilburn?

—Sí, Dolly.

Ella se puso muy seria.

—No me extrañaría en absoluto, Buddy —contestó.

—A mí me amenazó un par de veces, pero había dejado de hacerlo ya, debido sin duda a que pensó que ya no había nada entre Nathalie y yo. Pero ahora la cosa es diferente. Si F. Q. está enamorado de Nat, habrá sufrido un rudo golpe al enterarse de su boda con Jardline.

—Entonces..., será capaz de cometer cualquier barbaridad. Buddy, ¿no podemos hacer algo? —exclamó ella, muy angustiada.

—No sé... Jardline y Nathalie se habrán ido en viaje de novios...

—¿Y si se hubieran quedado en la ciudad? A veces, los recién casados se quedan todo un día, el primero de su boda, noche incluida, por supuesto.

—Tal vez. De todos modos, llamaré a casa de Jardline...

—Yo creo que sería mejor llamar a casa de Nathalie. Me parece poco correcto que unos recién casados pasen la noche de bodas en una casa donde hace sólo tres días se produjo una muerte. Pero nunca se sabe...

Regan asintió. Luego, levantándose, fue al teléfono y marcó un número.

—No contestan —dijo pasado un buen rato.

—¿Has llamado a casa de Nathalie?

—Sí.

—Lógico. Habrán desconectado para no ser molestados —dijo Dolly.

—Es verdad. Pero no sé qué hacer...

Dolly se acercó al joven.

—Buddy, ¿crees tú que F. Q. puede ser el Implacable? —preguntó.

—Casi estoy convencido de ello —respondió él.

—En tal caso, ¿por qué?

—Uno de los motivos podría ser la muerte de su hermana, ¿no crees?

Dolly asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Sí, pudiera ser —murmuró. De pronto, agarró el bolso—. Vamos, Buddy; es preciso hacer algo antes de que sea demasiado tarde —exclamó, con repentina decisión.

CAPÍTULO XIII

INSERTÓ la llave en la cerradura, abrió, empujó un poco la puerta y escuchó atentamente. No se oía el menor ruido en la casa, por lo que Kilburn terminó de entrar, cerrando acto seguido.

Encendió las luces. El departamento estaba desierto a primera vista.

—Me lo figuraba —dijo—. Estarán en casa de él...

Kilburn sentía arder su corazón. Se habían burlado de él desvergonzadamente; ahora estarían riéndose los dos de un pobre hombre de figura desgarrada, disfrutando de lo que él estimaba como criminal placer...

Avanzó unos pasos más. Procuraba serenarse. La cólera sin medida, irrazonable, no le ayudaría en absoluto para el logro de sus fines de venganza.

Recorrió toda la casa. No había el menor rastro de Nathalie, pero sí señales de haber hecho el equipaje precipitadamente.

De súbito, al pie de un armario ropero, vio algo que llamó su atención.

Lentamente, se inclinó y tomó con dos dedos aquella máscara femenina, realizada con el menor detalle y que ahora, hueca de su contenido, parecía la piel de una cara de mujer, arrancada de su cráneo, junto con los cabellos grises, no muy bien peinados.

Aquellas facciones...

Para confirmar sus sospechas, se puso la máscara y se contempló en el espejo.

—¡Era ella! —gritó un instante después, poseído por una rabia infinita.

Kilburn se arrancó la máscara de un manotazo. Luego la tiró al suelo y la pisoteó, ebrio de ira.

—Me ha engañado, me ha engañado —repetía una y otra vez.

Pero, de pronto, hizo un esfuerzo y consiguió serenarse.

Agachándose, recogió la máscara que metió de cualquier manera en uno de sus bolsillos, y se dirigió hacia la salida a grandes zancadas. Ahora ya sabía dónde podría encontrar a la dueña de la casa.

—No te lo perdonaré nunca, nunca —decía, casi gimiendo, mientras ponía en marcha su automóvil.

* * *

Los ojos de Paul Gershward eran duros como pedacitos de diamante gris azul. Los ojos de los hombres que tenía frente a sí, poseían una dureza semejante. Gershward tenía en la mano un papel.

—Aquí está el plano del lugar de operaciones —dijo—. Incluso os he señalado el camino que debéis seguir puntualmente, tanto para llegar al objetivo como para abandonar la ciudad, cosa que haréis apenas haya concluido la operación.

—Ah, hemos de marcharnos —dijo Harry Peters.

—Sí —corroboró Gershward.

—Pensamos que nos necesitaría por más tiempo —manifestó Peter Harris.

—Por ahora no me conviene. Más adelante, quizá. Y no creo que os podáis quejar; la paga no tiene nada de tacaña.

—Eso es cierto —convino Peters, con voz neutra.

—Muy bien, en tal caso no se hable más.

—Un momento —dijo Harris.

Gershward miró interesadamente al sujeto.

—Dime, Peter.

—Puede que haya alguien en la casa...

Gershward rio desdeñosamente.

—Cuando os mando a estas horas, no lo hago sin motivos. Otros han estado espionando la casa. El señor y la señora Jardline se han quedado solos en su primera noche de casados. El mayordomo les ha preparado champaña y una cena fría y se ha ido a dormir a otra parte. Y lo mismo ha hecho el resto de la servidumbre.

—Ahora lo comprendo —dijo Harris.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó Peters—. Casarse a tres días de la muerte de su propio padre..., y, además, pasar la noche de bodas en la casa donde murió... La verdad es que hay gentes que no tienen conciencia.

La cara de Gershwird se crispó fuertemente.

—No hagas más comentarios, Harry —rezongó—. Ahora ya sólo falta la noticia de que todo ha salido bien.

—Le llamaremos desde la misma casa —prometió Harris.

Al quedarse solo, Gershwird encendió un grueso cigarro e inhaló placenteramente las primeras bocanadas de humo. Se había llevado un serio disgusto al enterarse de la noticia de la boda, pero ya se le estaba pasando.

A fin de cuentas, Nathalie, por muy hermosa que fuera, no era la única mujer del mundo. Él tenía poco más de cuarenta años, estaba magníficamente conservado y se sentía con ánimos de arrollar a todo el que se le pusiera por delante.

Y, sobre todo, podía considerarse ya dueño de la ciudad. Aquel estúpido individuo había hecho exactamente lo que él y Nathalie habían esperado que hiciera, apenas se le convenció de la necesidad de limpiar a la población de hampones y maleantes.

Ya no había competencia; ahora estaba él solo, con las manos juntas para recoger los abundantes frutos que caerían de aquel árbol tan productivo.

Llenó una copa y la levantó en un alegre brindis, dirigido al hombre que había hecho posible lo que tanto había deseado:

—¡A tu salud, imbécil!

De Nathalie ya no se acordaba. Ni tampoco de su flamante esposo. Los consideraba ya dos cadáveres.

* * *

El coche se detuvo ante la mansión de Jardline.

—Tal vez nos equivocamos —dijo Dolly—. Esta casa, pese a las circunstancias, reúne mejores condiciones para una noche de bodas.

—Es probable —contestó Regan, a la vez que cerraba el contacto.

Saltó del coche. Dolly le imitó. Luego, los dos avanzaron hacia el edificio que había en el centro del bien cuidado jardín.

Sólo se veía una luz en el piso superior.

—Quizá no se hayan acostado todavía —apuntó la chica.

—¡Hum! —dijo Regan, maliciosamente.

Llegaron ante la puerta. Regan tocó el timbre varias veces, con gran insistencia.

Una ventana se abrió en el piso superior.

—¿Quién es? —gritó el hombre—. Lárguense, éstas no son horas de visitas.

—Jardline, será mejor que baje a abrir —cortó Regan, fríamente—. Y su esposa también; los dos deben escuchar algo muy importante.

—Pero...

—Soy Regan, dígaselo así a la señora Jardline.

En el piso superior se oyó un grito sofocado de mujer. La ventana se cerró de golpe.

Regan encendió un cigarrillo.

—Bajarán —aseguró, satisfecho.

La puerta se abrió un minuto después. Jardline, con pijama y bata, apareció en el umbral.

—Le atiendo por indicación de mi esposa —dijo malhumoradamente—. ¿Quién es la mujer que le acompaña, señor Regan?

—Dolly West, una buena amiga mía, de toda confianza.

—¿Cómo está, señor Jardline? —saludó la chica.

El dueño de la casa se echó a un lado.

—Entren —rezongó.

Nathalie estaba en el salón, vestida, asimismo, con bata sobre el camisón.

—Buddy, ¿qué sucede? ¿Por qué nos despierta a horas tan intempestivas? —exclamó.

Regan estuvo a punto de mencionar la luz que había visto desde el jardín, pero no era momento de discutir por minucias.

—Nat, temo que F. Q. esté buscándola —dijo.

Ella palideció intensamente.

—¿Por qué? —inquirió.

—Sospecho que el pobre Kilburn no está muy bien de la cabeza, al menos en el aspecto amoroso. A mí también me amenazó, si no dejaba de verla a usted. Está enamorado de usted, Nathalie, y le ha debido de sentar como un tiro este matrimonio.

—A ver, que me entere yo —rezongó Jardline—. ¿Quién es ese

tipo enamorado de mi esposa?

—Kilburn, un pintor que iba a hacerle un retrato. Nat, ¿le dio usted esperanzas?

—No, nunca..., pero no puedo evitar que...

—Claro, el amor surge sin que uno pueda evitarlo —dijo Regan, filosóficamente—. He estado llamándola a su casa muchas veces, pero el teléfono no contestaba.

—Lo cortaron esta misma mañana cuando me disponía a casarme —explicó Nathalie.

—Está bien —dijo el joven—. Ahora ya les he prevenido. Kilburn no está en su casa. Temo lo peor, por eso vinimos a prevenirles.

—Kilburn —repitió Jardline, pensativamente—. ¿Qué aspecto tiene?

—Bueno, anda rondando los cuarenta, es de mediana estatura, casi calvo...

—Y con un gran bigote.

—No, Kilburn no usa bigote. ¿Por qué dice eso, Jardline? —se extrañó Regan.

—Un tipo fue detenido cuando se disponía a asesinar a mi padre, precisamente pocas horas antes de su muerte. Cuando le interrogó la policía, dijo que yo le había pagado para que cometiera el crimen. Nos pusieron frente a frente y ese sujeto dijo que no era yo el que había hablado con él de ese repugnante asunto. Ahora empiezo a sospechar que fue ese loco de Kilburn el que ideó tan repugnante trama.

—¿Por qué había de hacerlo? —preguntó el joven, sorprendido.

—Trate de comprenderlo, hombre —dijo Jardline—. Todo el mundo sabía que las relaciones entre mi padre y yo no tenían nada de afectuosas. Hay muchos dispuestos a jurar, incluso, que nos odiábamos. ¿Qué habría pasado si mi padre hubiese muerto asesinado a tiros, en lugar de un colapso cardíaco?

—Pero el supuesto asesino fue detenido...

—Eso es lo que más me intriga. ¿Por qué actuó la policía tan oportunamente? El capitán Richardson le dijo que una voz anónima le informó del intento de asesinato.

—Está claro, Emmett —intervino Nathalie—. Ese hombre, Kilburn, buscaba indisponerte definitivamente con tu padre. Te

hubiera desheredado. ¿Comprendes?

—Y tú no habrías querido casarte con un hombre pobre, ¿verdad?

Nathalie guardó silencio. Jardline se echó a reír.

—Gracias por la respuesta, querida —dijo.

—¡Emmett! Soy tu esposa. Te amo y no tienes derecho a dudar de mí —protestó la ex modelo.

—Lo mejor será que se dejen de disputas conyugales —aconsejó Regan—. Kilburn puede llegar en cualquier momento y es preciso hacerle frente.

CAPÍTULO XIV

PETER HARRIS ajustó el silenciador en la boca de su pistola. Su compinche hizo lo mismo. El silencio era conveniente en una casa donde no encontrarían más que a las presuntas víctimas.

Nadie se enteraría sino hasta el día siguiente, ya muy avanzado. O quizá dentro de dos o tres días, cuando la servidumbre volviese a la casa. Pero entonces ya no importaría; antes de que se hiciese de día, ellos estarían ya muy lejos.

Ahora sólo faltaba entrar en el edificio. Harris se volvió hacia su compinche y le hizo un gesto con la cabeza. Peters asintió. Los dos echaron a andar de inmediato.

—Estarán dormidos, seguro —dijo Harris, en voz baja.

—¿Dormidos? ¿Unos recién casados en su noche de bodas? —Peters rio cínicamente—. Estarán dormidos después de que nosotros hayamos salido de aquí.

Siguieron avanzando a lo largo de una de las paredes del edificio. Doblaron la esquina y entonces oyeron una voz a sus espaldas:

—Caballeros, si no me equivoco, tienen ustedes la intención de estropear la noche de bodas de los señores Jardline.

Harris y Peters, atónitos, se detuvieron en el acto, incapaces de reaccionar por el momento.

—Lo siento, amigos —dijo el desconocido—, pero ese placer es exclusivamente mío.

—Oiga, estamos armados.

—Yo también.

Sonó un pequeño ruido. Harris, fulminado por el proyectil

recibido en pleno cráneo, se desplomó instantáneamente.

Peters se volvió con gran rapidez e hizo fuego. El desconocido se estremeció ligeramente, pero disparó dos o tres veces muy seguidas. Peters maldijo, abrió los brazos y rodó por el suelo.

Durante un instante, Kilburn sintió que todo cuanto le rodeaba daba vueltas vertiginosamente a su alrededor. Al cabo de unos momentos, logró rehacerse.

Su mano izquierda estaba crispada en el costado de aquel mismo lado, en donde sentía una fortísima quemazón. Dio un par de pasos, vaciló, estuvo a punto de caer, pero logró rehacerse y continuó andando hasta la puerta posterior de la casa.

Estaba cerrada con llave, pero lo solucionó con un disparo a la cerradura. Luego empujó con el hombro.

Los ruidos habían sido mínimos. Kilburn estaba seguro de que no se enterarían de su presencia hasta que fuese demasiado tarde.

Cruzó la cocina y llegó al gran vestíbulo. Había una puerta abierta al otro lado y salían voces humanas. Una de ellas la reconoció enseguida, era de Nathalie.

Kilburn avanzó unos cuantos pasos más. De pronto, oyó una voz masculina:

—¡Que venga si quiere! Tengo un buen revólver y sé manejarlo —exclamó Emmett Jardline, coléricamente.

Kilburn dio dos pasos más. De pronto, llegó a la puerta.

—Será mejor que tire ese revólver, Emmett —ordenó—. No tengo nada contra usted, pero lo mataré si no obedece.

* * *

Sonaron chillidos de mujer. Regan se sintió enormemente sorprendido al ver a su amigo con el rostro inundado por una espantosa palidez.

—¡Frank! —gritó—. ¿Qué te ocurre?

Kilburn movió la mano izquierda. Dolly se cogió su cara con las dos manos, horrorizadas al ver sangre en la palma de la mano del pintor.

—Esto no va contigo, Buddy —dijo dificultosamente—. Mis problemas son con esa traidora.

—¿Traidora yo? —protestó Nathalie—. ¿Desde cuándo le he dado esperanzas?

—Es cierto —admitió el pintor—. No me dio esperanzas, nunca

dijo que me amaría, pero...

Algo cayó al suelo. Los ojos de Nathalie se desorbitaron al contemplar la máscara. Sin poder contenerse, dio un paso atrás.

—¿Sabes lo que es eso, Mary Smith? —preguntó Kilburn.

Regan volvió la cabeza. El rostro de la bella mujer aparecía cubierto por una espantosa lividez.

—Te hacías llamar Mary Smith. Incluso me recibías en otra casa, supongo que alquilada sólo para nuestras entrevistas —continuó Kilburn—. De este modo, me dabas informes e instrucciones sobre lo que debía hacer para limpiar la ciudad de hampones y forajidos. ¿Quién te daba a ti esos informes, Nathalie?

—Ge... Gershwird... —tartamudeó la ex modelo.

—Supiste convencerme bien pronto. Debía vengar a mi hermana y a todos los que colocaban a las mujeres jóvenes y hermosas en análogas situaciones. La ciudad era un antro de vicio y corrupción. Era preciso barrer la inmundicia que la cubría por todas partes... y yo fui el encargado de ello.

Regan avanzó un paso.

—F. Q., estás malherido —dijo—. Dame la pistola; llamaremos a un médico.

La boca del arma se volvió repentinamente contra Regan.

—¡Quieto, Buddy! —exclamó Kilburn—. No tengo nada contra ti, pero dispararé si me obligas a ello.

—También me amenazaste y sólo porque creías que Nathalie estaba enamorada de ti —dijo el joven, calmadamente.

—Fue un error por mi parte —admitió el pintor.

—¿También fue un error pagar a un asesino para que matase a mi padre y que declarase que lo había hecho yo? —preguntó Jardline, hostilmente.

—Se me ocurrió que... que así le quitaría de en medio, sin tener que recurrir a la violencia. De todas formas, no lo siento; los tipos como usted, parásitos y haraganes, no merecen formar parte de una sociedad decente.

—Ah, usted sí es decente, usted, que ha cometido decenas de crímenes...

El arma se disparó de pronto. Jardline lanzó un grito y cayó sentado al suelo, agarrándose el hombro izquierdo con la mano derecha.

—¡Todos merecían morir! —gritó Kilburn, descompuestamente—. Eran gente nociva, asesinos, forajidos, desalmados...

La pistola temblaba visiblemente en su mano.

—Si vuelve a decir algo, Jardline, tiraré a la cabeza —amenazó el pintor.

Regan cerró su mano en torno al brazo de Dolly.

—Cuidado —siseó—. Está loco.

Ahora, Kilburn sudaba. Maquinalmente, se pasó la mano izquierda por la frente, sin darse cuenta de que la tenía manchada de rojo. Su cara tomó un aspecto horripilante.

—Frank —dijo Nathalie, débilmente.

—Me engañaste —se quejó Kilburn—. Empleabas conmigo un doble papel.

—F. Q., estás herido —intervino Regan—. Será mejor que llamemos a un médico. ¿Qué te ha ocurrido?

—Dos tipos... Estaban afuera y hablaban de matar a esa perra y a su esposo. No podía permitir que me robaran la venganza.

—Harris y Peters, los pistoleros de Gershwird —exclamó Dolly, sin poder contenerse.

—Gershwird —repitió Regan—. ¿Qué tenía ese tipo contra ustedes dos?

Nathalie se mordió los labios.

—Supongo que también se sentía celoso —contestó.

Era una respuesta insincera, calculó Regan. Pero ya averiguaría el resto en el momento oportuno.

Por ahora, pensó, lo más conveniente era distraer la atención de Kilburn para intentar desarmarle.

—F. Q., tú me espías —dijo—. ¿Por qué? ¿Te había hecho yo algo malo?

—No. Yo espía a Havelor. El Silver Queen está a mil doscientos metros de mi casa, casi en línea recta con la tuya. Un día, por broma, se me ocurrió encarar los prismáticos hacia tu casa.

—Y entonces viste a Nathalie.

—Sí —admitió Kilburn.

—Ella vino a verme, pero no ciertamente porque tuviese un pleito con Gershwird —dijo Regan.

—Los motivos eran auténticos, aunque no lo parezcan —manifestó la aludida.

—Quería romper la sociedad con Gershwind.

—Sí.

—Pero sospecho que esa sociedad era también para asuntos de otra índole muy distinta a la meramente financiera.

Nathalie guardó silencio, lo que era una forma de admitir su culpabilidad, pensó Regan.

La atención de Kilburn se distrajo unos momentos. Jardline se percató de ello y alargó la mano hacia el revólver que se había visto forzado a dejar caer minutos antes.

El arma detonó varias veces y todas las balas alcanzaron el cuerpo de Kilburn. Dolly chilló, mientras Regan se esforzaba para apartarla a un lado.

El pintor braceó, sacudido por los impactos. De repente, un gesto convulsivo le hizo oprimir el gatillo de su pistola.

Nathalie gritó a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Luego, lentamente, se desmoronó sobre la alfombra. Kilburn había caído ya.

Había un acre olor en la atmósfera. Reaccionando, Regan corrió hacia su amigo y comprobó que había muerto.

Nathalie respiraba todavía. Pero Regan adivinó su fin muy próximo.

* * *

Aquella misma madrugada, el capitán Richardson llamó a una puerta. Paul Gershwind abrió minutos más tarde.

—Está arrestado —anunció el policía.

—¿Por qué? —quiso saber Gershwind, muy pálido.

—Se le acusa de inducción, instigación y conspiración para dar muerte a varias personas.

—No hay pruebas, capitán —dijo Gershwind, altaneramente.

—Se equivoca. Nathalie Gillan ha hablado antes de morir. Su declaración no sólo ha sido aceptada como *in articulo mortis*, sino que, además, fue efectuada ante testigos.

La cara de Gershwind se puso gris.

—Han pillado a esos estúpidos de Harris y Peters —dijo, furioso.

—No. Alguien los mató antes de que cometieran los asesinatos que usted les había encomendado. Pero es lo mismo; si no responderá de la muerte de los señores Jardline, responderá de otros crímenes.

Unos aros metálicos se cerraron en torno a las muñecas de Gershwird. Un policía de uniforme tomó al sujeto por un brazo y lo hizo avanzar hacia la puerta.

—No hay ahora pena de muerte, pero sospecho que va a pasar el resto de sus días en la cárcel —auguró Richardson, muy serio.

* * *

—De modo que Gershwird y Nathalie...

—Sí, habían estado unidos por lazos más fuertes que los simplemente financieros —dijo Regan—. Pero a ella no le parecía conveniente convertirse en la reina del hampa. Ganaría dinero, indudablemente; sin embargo, lo que podía ganar con su alianza con Gershwird no era comparable ni de lejos con la fortuna de Jardline, además de que podía disfrutarla sin riesgos. Por eso decidió casarse con Emmett.

—El cual, ahora, se ha quedado viudo.

—Sí, nena.

—En cierto modo, ha sido el único que ha ganado de todo este asunto tan sangriento —opinó Dolly.

—Según se mire. Tengo noticias que ya ha iniciado las gestiones para la venta de la Jardline Impex. Tendrá mucho dinero, indudablemente, pero en unos años malgastará toda su fortuna. Acabará mal, créeme, y acabar mal, para él, es ir a pedir limosna a una esquina.

—En todo caso, es dueño de su destino, ¿no crees?

—Como nosotros lo somos del nuestro. Es decir, si quieres casarte conmigo.

Dolly se apoyó en el tronco de una sequoia.

—¿Construiremos aquí una casita para el veraneo y fines de semana? —sugirió.

—¡Dios nos libre! —se horrorizó Regan—. Una vez me pilló una tormenta en este bosque y pasé un miedo espantoso. Los rayos caen como los copos de nieve en el invierno y... Las sequoias son muy hermosas, pero cuando hay tempestad no se puede estar junto a una de ellas.

—No lo sabía —confesó Dolly.

—Pero hay otros lugares muy bonitos también. Además, podemos venir aquí siempre que lo deseemos... y sospecho que vendremos con mucha frecuencia, ¿no es así?

Dolly sonrió dulcemente.

—Buddy, bésame al pie del Abuelo Bill —pidió.

—Esta sequoia es el Viejo Tuno —rectificó él.

—Bueno, lo mismo da. Digo yo, Buddy.

Regan sonrió.

—Sí, creo que el beso nos sabrá igual aquí que junto al Abuelo Bill —convino, a la vez que se inclinaba hacia la muchacha.

F I N

LAS MEJORES OBRAS DE:
**«SUSPENSE», ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
ESCRITAS POR LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO



COLECCION
**PUNTO
ROJO**



COLECCION
**SERVICIO
SECRETO**



COLECCION
LA HUELLA



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España